

NOVELA

PUNTALES

e s c o n d i d o s

Pilar Dughi


cocodrilo
ediciones

Puñales escondidos

©1998, Pilar Dughi
©2017, Heredero de Pilar Dughi

De esta edición:
©2017, Contratapa Proyectos Culturales S.A.C., para su sello Cocodrilo Ediciones
Jr. Nicolás de Piérola 451, urb. Liguria, Surco, Lima, Perú
cocodriloediciones@contratapa.pe
www.contratapa.pe

Diseño de portada: Mario Vargas Castro

Primera edición: diciembre de 1998
Segunda edición: julio de 2017
Tiraje: 500 ejemplares

ISBN: 978-612-46999-2-4
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2017-07816

Impreso en Editorial San Marcos de Aníbal Jesús Paredes Galván,
Av. Las Lomas 1600, urb. Mangomarca, San Juan de Lurigancho, Lima, Perú.
Lima, Perú

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio físico o digital, sin el permiso previo del editor. Todos los derechos reservados.



ÍNDICE

Prólogo	9
Primer capítulo	19
Segundo capítulo	33
Tercer capítulo	45
Cuarto capítulo	55
Quinto capítulo	67
Sexto capítulo	79
Séptimo capítulo	85
Octavo capítulo	93
Noveno capítulo	105
Décimo capítulo	113
Undécimo capítulo	131

Prólogo	1
Primer capítulo	15
Segundo capítulo	22
Tercer capítulo	35
Cuarto capítulo	42
Quinto capítulo	55
Sexto capítulo	65
Séptimo capítulo	75
Octavo capítulo	85
Noveno capítulo	95
Décimo capítulo	105
Undécimo capítulo	115

PRÓLOGO

Con la aparición de *La premeditación y el azar* en 1989, Pilar Dughi empezó su trayectoria como escritora, llamando la atención de la crítica por sus relatos de corte fantástico y policial originales. En 1996 ganó un concurso de cuento en la Asociación Peruano Japonesa con *Ave de la noche* confirmando así su calidad de gran narradora por su estilo y tramas argumentales, donde el mal y la insania predominan en algunos relatos como el que da título al libro cuyo protagonista es un asesino en serie, tema que a Dughi le interesaba mucho, tal vez por su condición de psiquiatra de profesión. La poeta y guionista Giovanna Pollarolo, a pocos días de la muerte de Pilar, escribió al respecto: «El mundo de la medicina siempre me ha seducido, pero hasta el día en que conocí a Pilar solo había hablado como paciente con los médicos. Ese fue el inicio de nuestra amistad: largas conversaciones sobre enfermedades extrañas, conductas paranoicas o esquizofrénicas, efectos de medicamentos, psicología de los asesinos en serie. Bastaba una pregunta y a Pilar se le iluminaban los ojos antes de proceder a desarrollar minuciosamente el tema solicitado» (columna Opina, *Peru.21*, 12 de marzo de 2006, p.28).

Conocedora de las técnicas de la narrativa moderna y seguidora de Chéjov, Dughi fue gran lectora de escritores norteamericanos, discípulos también de Chéjov, como Carver, Cheever, O'Connor.

La autora prefiere mostrar esencialmente lo que sucede en el fuero interno de sus protagonistas a narrar una historia descriptiva o de carácter sociológico.

Los hombres y mujeres atormentados de Dughi son personajes que seducen y perturban al lector; en sus cuentos, por ejemplo, todos ellos deben tomar en algún momento de su vida una decisión importante y dar un paso adelante; es en ese instante que la conciencia de los protagonistas va hacia lo definitivo cuando el relato «acaba». A diferencia de sus cuentos anteriores, de finales cerrados y sorprendidos, en *Puñales escondidos*, Dughi crea una situación complicada por el tedio angustioso en que vive su protagonista, la señorita Fina Artadi, a quien convierte en una antiheroína gracias a su estuendo arte de narrar.

Ganadora del Premio Nacional de Novela Corta del Banco Central de Reserva del Perú 1997 por su novela *Puñales escondidos*. El libro originalmente fue presentado con el título «Libreta de ahorros» y se publicó en 1998. El personaje principal es una mujer mayor, empleada en un banco en el distrito limeño de Miraflores y desde donde fraguará una intriga para enfrentar los abusos y oscuros manejos del sistema bancario. Irónicamente, es el BCR la entidad que le entregó el galardón por su obra a Pilar Dughi.

Aunque no era una narradora confesional, la escritora se proyectaba de alguna manera en sus libros pese a que era reacia a inspirarse en sus propias vivencias, pero sus obsesiones la guiaban hacia temas como la enfermedad y la vejez. Miguel Gutiérrez (Piura 1940-Lima 2016), autor de *La violencia del tiempo*, anotó a propósito de

este tema en *La horda primitiva* —título de un libro de cuentos póstumo (2008) de Dughi—: «Nadie antes que Pilar Dughi en la narrativa peruana había descrito con tanta implacable objetividad las miserias del cuerpo humano atacado por la enfermedad o por la incontenible decadencia física y fisiológica» (artículo publicado en *Libros & Artes* N^o:62-63, p. 23).

Las atmósferas que la identifican apuntan en su escritura a la experiencia de la soledad, la frustración, que siempre desemboca en el mal. Esa sensación nos lleva a *Puñales escondidos*, única novela de la autora. Fina Artadi, que está pronta a jubilarse y sufre de una grave dolencia, se da cuenta de ciertas irregularidades en la contabilidad de las libretas de ahorros de sus clientes más importantes, por lo que intentará descubrir a los verdaderos culpables. Para ello urdirá un plan y terminará involucrándose en su propia trama.

Fina es una mujer solitaria que decide inscribirse en un taller de literatura japonesa buscando darle otro giro a su vida rutinaria y estéril, a pesar de tener un amante «sólo para corroborar lo solitaria que fue al lado de ese hombre a quien le dedicó casi toda una vida, y de quien recibió sólo humillaciones» —apunta la profesora Lady Rojas en «Análisis feminista de la novela de Pilar Dughi *Puñales escondidos*»— (disponible en < www.monografias.com > Lengua y Literatura).

Sin embargo, estas clases donde se lee a autores emblemáticos de la narrativa japonesa como Kawabata, Oe, Endo, Mishima, cuyos libros de corte psicológica hurgan en la desesperación y desarraigo de sus actantes no logran cambiar la vida monótona de la señorita Fina; son solo un paliativo, un paréntesis en su trayecto diario.

Pilar Dughi recuerda a su maestro Julio Ramón Ribeyro cuando llama a su protagonista de ese modo, la señorita Fina, con ese

tono que nos remonta a tiempos añejos, a lugares cerrados y mustios, a mujeres solteras que esperan inútilmente la felicidad. Pero las dos líneas argumentales que conforman la estructura de la novela no son ajenas entre sí, una se refleja en la otra de una manera magistral. Así, las lecturas en el taller, en las que predomina el suicidio, tema recurrente en muchas narraciones japonesas y la intriga bancaria, pensada con argucia y muy bien elaborada parecen ser las dos caras de una moneda que el viento arrastra hacia lo desconocido, porque ¿cuál de las dos llevará a Fina Artadi a la autodestrucción o a la cárcel? Pero los dos principales hilos conductores aportan sorprendentes resultados al final de la historia.

La soledad y el vacío interior de Fina son abrumadores, como lo es también en otros personajes femeninos de Dughi. La vida de Artadi carece de emociones, es quizá por ello que la realidad de las novelas en el taller constituye un espacio dramático que desafía su indiferencia y neutralidad, ya que incluso tampoco participa con críticas o comentarios en las sesiones. La única vez que se decide a hacerlo se arrepiente pronto. Su manera de ser, fría y calculadora, contrasta con la de las mujeres estudiadas en el curso, en especial con la joven amante de *El sol que declina* —quien se entrega de modo incondicional a un escritor mayor que la subyuga—. Quizá Fina Artadi, padece de cierta anomia, pero es el dinero el punto de quiebre y la capacidad de transgredir la ley los que dan un vuelco significativo en el desenlace de *Puñales escondidos*.

Los autores que más le aportaron técnicamente fueron Cortázar, Borges, Dostoievski, Flaubert y curiosamente —según sus propias declaraciones— también Henry Miller, escritor erótico y vivencial, ya que Dughi nunca quiso «canibalizarse», como diría Patricia Highsmith, escritora norteamericana a quien siempre admiró; otra

creadora importante en su formación como narradora fue Marguerite Yourcenar, famosa por la creación de personajes masculinos; aunque, según me comentó en una carta antes de morir, Pilar trabajaba en un texto autobiográfico que la había «enganchado mucho». Como lectora, también devoraba libros de memorias, autobiografías, correspondencia de escritores y se decepcionaba si estos no le revelaban la verdad de la vida. No le agradó, por ejemplo, el volumen dedicado a la correspondencia entre Mishima y Kawabata por su tono excesivamente protocolar. Durante sus últimos días quedó fascinada con *Las confesiones de un burgués*, de Sándor Marai; también se concentró en las memorias de la secretaria de Hitler.

En un libro dedicado a los escritores peruanos que hacen referencia a la literatura de Japón, de la profesora Rebecca Riger Tsurumi, Dughi comenta sobre su personaje: «Al final de la novela, sentí simpatía por Fina, pero no siempre. La imagen que tengo de ella es la de una mujer guapa y joven con ambivalencia. Había una mujer así que era bancaria y vivía cerca de mi casa. Era una mujer guapa que tenía una imagen solitaria (...) En mi novela estaba contando lo que vivía esta vecina, pero nunca hablé con ella. El apellido «Artadi» no es italiano, sino reúne dos adjetivos en castellano: harta y cansada. Su nombre Fina proviene del rostro fino de la mujer».

Ante la pregunta sobre el motivo de haber utilizado la literatura japonesa para configurar a su protagonista, Pilar Dughi responde que «la literatura japonesa es mucho más sutil. La literatura japonesa tiene buenas metáforas y analogías para Fina y una moral muy relativa. La literatura libera —es un arma para ser diferente. (...) Fina empezó a entender y categorizar sus sentimientos. La literatura que Fina estudiaba, tenía que ser extranjera como la literatura japonesa: lejana a ella, con un sentido moral distinto». En las novelas seleccionadas,

la autora distinguió algo fundamental, además, las imágenes cuando «describen la muerte de una manera natural, no tan dramática» (...) «Me gusta el erotismo sujeto con el doble límite de lo moral en *Escándalo*. En *El sol que declina* me interesa la muerte de Naoji, la muerte súbita. En *La mujer de arena*, me encanta la historia del tipo fascinante» (en *The Closed Hand. Imagen of the Japanese in Modern Peruvian Literature* de Rebeca Riger Tsurumi, Purdue University Press, West Lafayette, Indiana, 2012, pp.217, 218).

Puñales escondidos se reedita, felizmente, gracias a la excelente iniciativa de Cocodrilo Ediciones después de casi 20 años, para el deleite de todos los lectores peruanos y extranjeros.

CARMEN OLLÉ

Y el que habla en nombre de lo otros es siempre un impostor.

EMILE CIORAN

PRIMER CAPÍTULO

La tarde de aquel verano, la señorita Fina Artadi anotó en su agenda: el inconveniente de tener que trabajar o de dejar el trabajo. Luego agregó: hoy detuvieron a Osorio. Poco antes de las ocho de la mañana, el cajero Osorio fue rodeado discretamente por los agentes de seguridad y auditoría del banco, en las mismas puertas de la agencia. El resto de los empleados, que se disponía a iniciar la atención al público, lo vio partir anonadado, incrédulo y humillado, hacia un interrogatorio que no demostraría su culpabilidad o inocencia, pero que sí cubriría con su renuncia y liquidación, el monto del dinero desaparecido de una de las cajas de ventanilla. Horas más tarde, Osorio regresaría en el momento del refrigerio, siempre acompañado por los agentes de seguridad, después de haber firmado la aceptación de los cargos. Se dirigió hacia el que había sido su escritorio hasta el día anterior. Abrió sus cajones y extrajo legajos y papeles. Levantó el vidrio que cubría el mueble y retiró la foto de una mujer joven, sonriente, que llevaba un niño pequeño en los brazos. Colocó cada uno de los objetos en una caja de cartón. En ese momento, la señorita Fina Artadi se preguntó de dónde la habría sacado, puesto que no lo había visto llegar con ella. Pudiera ser que algunas manos la depositaran ahí, anticipándose maliciosamente a la escena de la

despedida. O sería producto del descuido de alguna empleada de limpieza que no la había recogido. U Osorio la encontró alguna vez y la guardó, ignorando el destino que tendría en un futuro cercano y quizás inolvidable para él durante el resto de su vida. Fue entonces que la señorita Fina Artadi, desde el fondo de la oficina, avanzó cruzando el escritorio de su asistente, el imperturbable Rafael Campina, el de Pedro Manzanares, quien estaba repentinamente atento a su taza humeante de café, y se acercó hacia Osorio, despertando entre la gente sentimientos de desconcierto, sorpresa o lástima, sin sacudir a unos de la indiferencia y sin poder evitar el que otros la vieran como una idiota. Con Osorio hizo lo que la gente esperaba que alguien hiciese, lo saludó y, aunque el tono de la voz de la señorita Fina no reveló compasión, por lo menos fue amable. Lo ayudó a cargar la caja, a poner en orden por última vez el escritorio, y se despidió de él acompañándolo hasta la salida. Antes de regresar a su oficina y como administradora de la agencia, les dirigió tal mirada al resto de empleados, que fue suficiente indicación para que volvieran a ocuparse de sus labores.

A esa hora del mediodía, casi no había clientes que atender. Los cajeros y funcionarios conversaban entre ellos. Campina y Manzanares discutían sobre Osorio, lamentando que se tratara de un empleado que no llevaba mucho tiempo en el trabajo, quizás el más joven de la agencia, cuando la señorita Fina se acercó. Les señaló que un informe ya había sido emitido por auditoría. Felicitó levemente a Campina quien, como supervisor de ventanilla, había logrado detectar el asunto a tiempo. Aunque los dos escucharon a la señorita Fina con respeto, hubieran deseado hacer muchos comentarios adicionales, pero no delante de ella. La señorita Fina también hubiera querido resumir una enseñanza, producto de su profesionalización

en el campo, que indicaba que el grado de inocencia era inversamente proporcional al tiempo de experiencia en el trabajo, pero no lo hizo porque tales afirmaciones no eran apropiadas, así que se retiró a su oficina.

Al final de la tarde, cuando ya el último cliente se había marchado, la señorita Fina se despidió de los vigilantes. Salió a la calle calmadamente, decidiendo caminar algunas cuadras, puesto que le hacía bien ejercitar un poco las piernas para evitar el peligro del lumbago, ese dolor pesado de la cintura que reaparecía de manera intermitente, promovido por la cantidad de horas que pasaba sentada ante la máquina. En sus primeros años de empleada, cuando trabajaba en la oficina central como cajera, subía y bajaba con agilidad y sin esfuerzo las escaleras del viejo local, el que fuera fundado con el nombre de Banco de Parma. Entonces, los empleados se conocían más y se frecuentaban entre ellos. La mayoría había estudiado en el Colegio Italiano y provenía de familias migrantes de Turín y Génova. Era frecuente que muchos hijos de migrantes trabajaran como empleados mientras terminaban sus estudios universitarios. En la época en que la señorita Fina ingresó al banco, este ya había perdido mucho de su filiación italiana, pero los directivos y empleados conservaban antiguas tradiciones. No importaban los títulos sino la motivación, la buena voluntad, la actitud servicial y comedida con el jefe de sección. La señorita Fina recordaba que aquellos funcionarios eran caballeros de modales educados, que trataban a las mujeres con mucho respeto. Entonces a los empleados que ascendían, se les obsequiaba un libro en edición de lujo, en el que se relataba la historia de la institución. Ahí estaba, en las primeras páginas, la foto con el local fundador, muchos años antes de que la oficina principal se mudara hacia las afueras de Lima. La construcción desde sus orígenes

no había sido modificada. Las ilustraciones mostraban el bruído ostentoso del bronce decorando las gigantescas puertas de la entrada. Los espejos resplandecientes de pan de oro, los largos pasillos de mármol, los techos de madera labrada de Guayaquil, las grandes dimensiones que amortiguaban el eco de voces y ruidos, tan grandes que dejaban que se instalara un silencio sólido y sagrado. La señorita Fina pensaba en una palabra que había descubierto haciendo crucigramas: entelequia. El banco era una entelequia que estaba por sobre las cabecitas negras de los clientes que pululaban delante de las ventanillas, creyendo, con espontánea fe, en las virtudes de una corporación solemne. Por eso el antiguo edificio era imponente, como correspondía a una institución que debía transmitir una imagen de seguridad, poder, éxito y solvencia.

La señorita Fina llegó al Óvalo Gutiérrez y caminó en dirección al supermercado que ocupaba una de las esquinas. Tanto Campina como Manzanares pertenecían al grupo de empleados que había reemplazado, poco a poco, a los que se habían jubilado. A pesar de que ellos poseían por lo menos un grado académico, hablaban fluidamente dos o tres idiomas, eran de pensamiento veloz y rápidos en el actuar, la señorita Fina los veía nerviosos, groseros y maleducados. Aunque le tenían confianza, la trataban con cierta distancia y ella prefería no intimar más allá de lo estrictamente necesario para mantenerse informada de lo que ocurría en la agencia. Lo único que de ella sabían era que pronto se retiraría. Pudo haberse jubilado antes, pero la inercia, y el placer que le producía aprender, la hizo actualizarse y competir con los nuevos empleados. Fue el asunto de las máquinas. Alguien se lo dijo un día. En otros países las operaciones se realizan inmediatamente y en simultáneo, porque están conectadas a través de las máquinas. Todas las agencias. Todos los

empleados. Al principio no pudo imaginarse como podría ser aquello. Luego llegaron las computadoras, reemplazaron a las máquinas de escribir y a las calculadoras manuales. En aquella época comenzaron a retirarse los primeros empleados. Sobre todo aquellos que se resistían a las novedades del nuevo sistema de informática.

Antes de entrar al establecimiento comercial, se dirigió puntual hacia el negocio de lotería. Compró uno de los billetes que se sorteaban el domingo. Caviló sobre los números a marcar, eligiendo una cábala que siempre repetía. O seleccionaba números impares, o cruzaba la fecha de su cumpleaños con la del año de nacimiento y la fecha de ingreso al banco. Luego se encaminó hacia los estantes de abarrotes y comida, preguntándose qué era lo que hacía que unos negocios tuvieran suerte y otros no. Porque ella los había visto aparecer y multiplicarse, transformando a las avenidas Pardo y Comandante Espinar en calles comerciales, que continuaban hasta el parque Borgoño, cerca al mar. Miraflores ya no era esa pequeña ciudad tranquila de amplias residencias y grandes parques, donde la gente se paseaba por las tardes rodeando los malecones sobre los acantilados. En las calles antiguamente silenciosas, ahora se producían embotellamientos de vehículos, porque las estrechas pistas ya no se abastecían para el flujo de la población. Mientras la ciudad cambiaba, ella había permanecido en el banco porque le ofrecieron el puesto de administradora de una pequeña agencia, en un lugar cercano a su domicilio, lugar donde conocía a los clientes, al movimiento comercial, y podía captar más cuentas y más ingresos. Aun así, no había logrado ascender como correspondía a una funcionaria de carrera. Manzanares, subadministrador, tenía veinticinco años menos que ella y, sin lugar a dudas, llegaría muy pronto a un puesto de gerente.

Pensando en la cena que tenía con Humberto, compró unos raviolos, una salsa pesto, un *mousse* de lúcuma y chocolate coronado con crema chantilly. Un vino blanco alemán, que no era de su preferencia, pero estaba barato. Además, consideró que para Humberto no iba a gastar más de cuatro dólares en un vino. Bastante hacía con comprar un *mousse* que, en realidad, lo compraba por ella misma, porque le había provocado la combinación de chocolate con lúcuma. En cuanto a los raviolos y el pesto, bueno, eso sí era una concesión. Hubiera preferido no tener que gastar dinero especialmente para recibirlo, pero no había hecho las compras de la semana, así que tenía el refrigerador vacío. No le gustaba que Humberto percibiera el menor gesto delator de querer halagarlo o algo por el estilo. Ella no tenía nada que festejar pero, por alguna razón, ese día se le había ocurrido hacer una cena. Una cena de verdad, con entrada, vino y postre. Pagó en la caja y, cargada de bolsas, se dirigió al mostrador donde entregaban tickets de sorteo de acuerdo al monto de la compra. Recogió los que le entregaron y pidió algunos más. Esta vez sorteaban unos lingotes de oro de medio kilo cada uno y de dieciocho quilates. Aunque le gustaban más los sorteos de premios de dinero en efectivo, consideró que no era difícil vender un lingote de oro. Por lo menos era mejor que ganarse algún artefacto eléctrico o un viaje de vacaciones. Mientras tomaba un taxi hacia el Malecón de la Reserva, recordó que no había depositado aún en el ánfora una buena cantidad de tickets que tenía acumulados.

Vivía en una casa de dos pisos, construida en los años cuarenta, de color amarillento, con rejas negras cubiertas de óxido. La fachada lucía descuidada, con una apariencia de vejez y abandono que, a ella, sin embargo, no le desagradaba porque le resultaba familiar.

Hacía muchos años que no la pintaba. La herrumbre de las rejas, con el tiempo y la humedad, había formado unas vetas sinuosas y oscuras que se deslizaban por las paredes. Al llegar, buscó la llave y la introdujo con cierta dificultad en la cerradura. Alguna vez tendría que llamar al cerrajero para que le aceitara las cerraduras de puertas y ventanas. Le incomodó percibir el olor a cerrado y humedad, que la recibía todos los días al llegar a la casa. Se dirigió hacia la cocina. Sacó una olla, la llenó de agua y la puso a hervir. Guardó el *mousse* en el refrigerador. Al verlo debajo de su caja de plástico transparente, decidió servirse un pedazo, pues el dulce se vería mejor con un hueco que mostrara que no era un pastel de estreno. Con el plato en la mano, subió a ducharse al segundo piso. El agua fría actuó como un bálsamo relajante sobre su cuerpo. Se envolvió la cabeza en una toalla y se cubrió con la bata de felpa. Recostándose sobre la cama, comenzó a paladear el pedazo de *mousse*. Hubiera deseado permanecer descansando, comiendo, viendo televisión y tomando vino. Luego llegaría lentamente el sueño y se acostaría temprano. Pero no, todavía le faltaba media jornada más.

Se asomó por la ventana de su dormitorio. El malecón estaba a una cuadra de distancia y detrás de él, el mar. Era el mismo paisaje que veía desde que era pequeña. El mismo dormitorio. Nunca se había mudado. ¿Moriré también aquí?, se dijo. Cuando terminó de comer el pedazo de pastel, dejó el plato sobre la mesa de noche y apoyó sus brazos en el alféizar de la ventana. Rayos luminosos de color rosado y naranja intenso en aquella hora de la tarde cubrían el horizonte del crepúsculo. Melinda, la hija de Humberto, estaba deprimida porque no lograba tener hijos. Se había casado a los treinta y cinco años y sus posibilidades de concebir eran más limitadas. Viajaría en dos semanas a los Estados Unidos para una inseminación artificial.

Humberto la apoyaba económicamente. Qué diferencia conmigo, razonó. Cuando ella era estudiante del colegio de monjas ursulinas, las chicas se casaban entre los dieciocho y los veinte años. Luego tenían hijos y se dedicaban al hogar. Sólo un treinta por ciento ingresó a la universidad. En cambio, Melinda había terminado sus estudios universitarios y trabajaba igual que su marido. La mayor parte de chicas de su promoción estudian o trabajan, le había dicho Humberto.

El frío del atardecer le hizo estremecerse. Cerró la ventana y se dirigió hacia la cómoda. Sobre ella, una colección de álbumes de fotos de variados tamaños y colores se alineaban uno tras otro. Cogió uno de ellos y lo abrió. Ahí estaba Melinda, a los dieciséis años cuando terminó el colegio. Ahí estaba Gracia, su mejor amiga. ¿Qué había estudiado Gracia? Ah, sí, era economista. Y la de cabello negro, crespo, muy corro, se llamaba Alicia. Ella también había estudiado en la misma universidad con Melinda. Abrió otro álbum, el del matrimonio de Melinda realizado un par de años atrás. Una foto a nivel central mostraba a Melinda con un largo traje de novia, el esposo, Humberto con su esposa y los consuegros. La muchacha se veía bien, aún a pesar de los dolores de cabeza que había causado aquella boda. Al principio Humberto no había estado de acuerdo, el yerno no le gustaba porque estaba desempleado y la única que tenía trabajo era la novia. Recordó el día en que Humberto le contó que su hija de dieciocho años tenía relaciones sexuales. Había llegado a verla, furioso, descontrolado, hablando atropelladamente. Ella lo tranquilizó, explicándole suavemente que aquello era una práctica habitual. Por lo menos ella tenía opiniones desapasionadas sobre los hijos de él. Escuchaba a Humberto y luego contrastaba sus juicios con los comentarios que escuchaba en el banco. Solía conversar con los clientes asuntos que estaban más allá de las operaciones de crédito,

referidas a su vida personal, angustias y expectativas estrechamente ligadas a sus proyectadas inversiones económicas. Aquel día ambos conversaron largamente sobre Melinda. Al final, un poco dubitativo, Humberto terminó por acceder y trivializar la situación marchándose tranquilizado. La palabra sexo, para ella, tenía significados precisos. Relación afectiva, compañía y, en los últimos años, se había ido asociando a una cierta seguridad que encontraba estando al lado de Humberto. Era como si la naturalidad del vínculo que compartían estuviera dada por ocupar un espacio común, aunque aquello fuera sólo durante algunas horas o unos días. Lo frágil de la situación, sin embargo, se presentaba súbitamente, cuando él desaparecía y ella no sabía dónde ir y a quien acudir. Entonces se producía un desamparo inesperado que la invadía y le causaba desazón. Durante los primeros años del vínculo con Humberto, ella solía reaccionar con rabia y con un sentimiento de violenta impotencia. Luego terminó por acostumbrarse a los imprevistos. La ropa de Humberto colgada del armario, las fotografías de los acontecimientos importantes de su vida, los regalos que él le hacía ilustraban su existencia aunque él no estuviera presente. Su otra vida, la que él llevaba con Clemencia, Gustavo y Melinda, también estaban ahí, con ella, y eran tan cercanos que cuando los veía a lo lejos, en la calle, en alguna ocasión, no podía evitar sentir cierta complicidad con una historia que, de alguna manera, era también la suya.

Los gestos y las acciones tácitas se habían convertido en un derrotero de costumbres que ella leía en la conducta de Humberto. Su manera de anunciarse, un timbrazo largo y luego uno corto. El sentarse en el sofá principal de la sala, el más desvencijado. El hacer *zapping* automáticamente con el control de la TV mientras conversaba. El dormir con la luz de la mesa de noche encendida, el

tomar una taza de anís después de cenar, el quitarse los zapatos apenas llegaba cuando estaba cansado. El despedirse siempre a las once o doce de la noche. Miró el reloj y pensó que era mejor tener lista la cena. Quería acostarse temprano. Le diría a Humberto que ese día debían despedirse antes de lo acostumbrado. Temía que apareciera al día siguiente el dolor de cintura que la había atormentado la semana anterior. Cerró los álbumes de fotos. Al hacerlo, vio que una de las fotos había caído al suelo. La recogió. Ahí estaba la esposa de Humberto con sus dos hijos, Melinda y Gustavo, en la ceremonia de graduación del menor. La mujer de Humberto, a quien llamaban Clemi, estaba sumamente gorda. Observó la figura durante unos minutos y la guardó en el álbum. Salió del dormitorio y se dirigió hacia la cocina. El agua ya había hervido lo suficiente. Echó en ella los ravioles, una pizca de sal y unas gotas de aceite. Cogió la salsa y la depositó en una pequeña fuente para el horno de microondas.

Se sentó en la mesa de la cocina a esperar que estuvieran listos los ravioles. Qué gorda estaba Clemi en aquella foto. ¿Seguiría igual? Años atrás la había visto en la esquina de una tienda en San Isidro. Caminaba apurada con Melinda, balanceando sus anchas caderas ocultas debajo de un gran vestido verde. Dos embarazos seguidos la habían engordado de tal manera que no pudo volver a recuperar su peso original. Las fotos la mostraban con vestidos grandes y sueltos, como sábanas. Cuando Humberto ingresó al departamento de asesoría legal en el banco, estaba tan gordo como su esposa Clemi. Noventa kilos, diez años de casado y dos hijos. Durante años Clemi había ensayado variadas dietas para toda la familia. La de las grasas, la fraccionada, la dieta zen, la vegetariana, la de la clínica Mayo, con resultados limitados. Nunca había podido bajar de peso. Se levantó de la mesa y extrajo un raviol de la olla. Lo probó con la punta del

tenedor y comprobó que ya estaba en el punto adecuado. La penúltima dieta que había hecho Humberto era con una iridióloga que le hacía tomar jugos de uvas con apio y ciruelas. Luego vino lo del infarto. Abrió la nevera y sacó la botella de vino. Le provocó servirse una copa. Tenía sed. Miró el reloj. Humberto llegaba siempre puntual a las ocho y era la hora.

El infarto ocurrió diez años atrás. Él llegaba a su casa tres veces por semana. Los lunes, miércoles y viernes. Eventualmente almorzaban juntos los sábados y se veían los domingos por la noche hasta las nueve, hora en que él se retiraba. Sus encuentros eran regulares. Un día miércoles, Humberto no llegó. Tampoco el viernes ni el sábado. Por entonces, él ya no trabajaba en el banco. Quince años antes, se había mudado a un estudio jurídico. Ella lo llamó al estudio, donde la secretaria le informó que el doctor Solari no atendería aquella semana porque estaba enfermo. Ante su preocupada insistencia, la secretaria le explicó que estaba fuera de peligro, hospitalizado en una clínica. Ella no alteró su rutina. Continuó trabajando en el banco y esperó. En un momento deseó ir a la clínica a verlo, pero juzgó que no era prudente. La secretaria lo había dicho. Estaba fuera de peligro. Tomó lentamente el vino helado. Conoció a Humberto cuando tuvo que hacer una rotación en asesoría legal. Ella tenía algo más de treinta años, era soltera y no tenía hijos. Compartieron primero la oficina, luego los expedientes y las demandas judiciales de los clientes y deudores del banco. Comenzaron a salir a los pocos meses de trabajar juntos. Escuchó el timbre de la puerta. Apagó la cocina y se dirigió hacia la sala. Al abrir la puerta, lo primero que distinguió fue el cabello plateado de Humberto. Lo tenía casi completamente blanco. No estaba vestido con la ropa habitual, de cuello y corbata. Llevaba una casaca y una camisa.

—¿No vienes del estudio? —preguntó ella mientras él la saludaba con un beso en la mejilla.

—No, estuve por la tarde en casa —respondió él.

Él tenía la frente arrugada, parecía preocupado.

—¿Pasó algo? —demandó ella.

—Hoy tuvimos un almuerzo familiar, con Gustavo y Melinda. Nada especial. Pero Melinda está nerviosa por lo del viaje a Washington.

—Ah —dijo ella.

Él se sentó en el sofá principal de la sala. Humberto ya no era el hombre robusto y sólido que había conocido. Continuaba siendo algo grueso, pero parecía más bajo y encorvado que antes. Era atildado en el vestir, quizás demasiado para su gusto. Cualquiera se daba cuenta, observándolo, que atribuía gran importancia a la vestimenta. Ella prefería esa elegancia desenvuelta y descuidada que veía en otros, aunque, comprendía, no lo había elegido por eso.

—Aproveché para darme una siesta —agregó él.

—¿Quieres comer? —inquirió ella con repentina irritación.

—Acabo de llegar.

—Yo tengo hambre —contestó ella.

—Comamos —respondió él con tranquilidad.

Ella se dirigió hacia la cocina. Retiró la olla de la hornilla con disgusto, y la depositó sobre la mesa. Mientras él había estado descansando, ella corría, sudorosa, para hacer las compras. Sí no tuviera que atenderlo, ahora estaría cómodamente echada en su cama, repitiéndose de la jornada del día. A pesar de los años transcurridos repitiendo los mismos hábitos, no dejaban de molestarle.

—La próxima vez, no voy a cocinar —reclamó ella desde la cocina— Si quieres comer, tendremos que salir.

Echó la crema verde del pesto sobre los ravioles. Agregó encima queso parmesano rallado. Esperó que el queso se derritiera sobre la salsa caliente. Sacó de la nevera un pequeño frasco donde guardaba una preparación licuada de ají, cebolla y ajos que había frito en la sartén a fuego mediano, hasta convertirla en una pasta de consistencia suave. En una bandeja grande colocó la fuente de pasta, el ají y el *mousse* de lúcuma. La llevó hacia la sala.

Ella había comprado a plazos un televisor de diecinueve pulgadas, pagando cuotas durante un año. Sólo por Humberto lo había dejado en la sala, porque a veces llegaba cansado y no le provocaba subir al segundo piso. Los programas eran un buen pretexto para conversar de lo que pasaba en el mundo pero, en realidad, eran más que eso. Tal vez había dejado ahí el televisor para evitar los silencios mutuos, los vacíos. En ocasiones tenía la impresión de que era como un puente entre dos personas desconocidas.

Humberto veía el noticiero de las ocho, sentado cómodamente en el sofá principal. Al verla llegar se levantó y comenzó a servir los ravioles en los platos. Ella reparó distraídamente en la mesa de la entrada y vio un sobre que el banco le enviaba mensualmente con su estado de cuenta.

—¿Revisas tus estados de cuenta? —le preguntó a Humberto.

—¿Por qué? —respondió él— generalmente sí.

—Es que pasan tantas cosas. La gente no examina los cargos que el banco hace en sus cuentas cuando son pequeñas cantidades. A veces ni saben qué es lo que están pagando, mes a mes —comentó ella.

—Ah, bueno —contestó él—, no estoy como para regalar mi tiempo, y menos al banco.

—Claro —murmuró ella, meditativa—, nadie está para eso.

Humberto se sirvió más raviolos. Ella cortó un par de pedazos pequeños del *mousse* y los colocó en los platos. Ambos se sentaron de nuevo frente al televisor y comieron en silencio. La voz del locutor ocupó todo el espacio que había entre ellos.

SEGUNDO CAPÍTULO

Cuando Humberto se marchó y subió a acostarse, recordó que tenía que terminar de leer un libro que había depositado sobre la mesa de noche. Meses atrás, una antigua compañera de colegio que había quedado viuda, la llamó anunciándole su participación en un círculo de estudios literarios que trabajaba como tema *El conocimiento del mundo a través de la literatura*. Lo dictaba un profesor de la universidad de San Marcos que había sido convocado por un grupo de señoras deseosas de ampliar sus conocimientos de literatura. El tema propuesto había sido un seminario de lecturas de escritores japoneses. ¿Escritores japoneses?, le pareció exótico. No conocía a japoneses. Sólo una vez había ido al restaurante de comida japonesa de la Asociación Peruano Japonesa, en el distrito de Jesús María. Los platos del menú le parecieron agradables. Un pescado crudo aderezado con soya, una sopa con tallarines parecida a la sopa china wantán y unos camarones asados envueltos con huevo. Le gustó el pequeño restaurante colmado de niséis, descendientes de japoneses de primera generación, que conversaban acaloradamente. A los costados, unas puertas de madera con cuadriláteros que simulaban papel de arroz daban un toque oriental al ambiente, tal y como ella había visto en algunas películas. Al principio tuvo reparos de participar en ese

taller literario, porque de literatura no sabía nada y prefería comenzar con autores peruanos, con lo más cercano y conocido. Pero los comentarios elocuentes de su amiga la intimidaron y avergonzaron en su ignorancia. Sin tener un especial interés en la literatura, ni en cultivar el espíritu como decía su amiga, sino simplemente por la posibilidad de tener una actividad diferente a su rutina diaria, optó por inscribirse y asistir. Las clases se desarrollaban cada semana, rotativamente, en casa de una de la media docena de asistentes, la mayoría de las cuales era contemporánea y de diferentes ocupaciones. Dos de ellas se dedicaban a su casa, pero el resto trabajaba en el comercio y en el corretaje de casas. El profesor era un hombre pequeño y gordo, que llevaba siempre de vestimenta una chompa tejida de lana, de esas que suelen tejer las madres, las esposas o las novias, de puntos gruesos, de confección irregular y artesanal. Eran chompas viejas, deshilachadas, de colores opacos, que parecían tener muchos años de vida. El profesor llevaba una gran cantidad de libros, que colocaba sobre la mesa cada vez que iniciaba la clase. A veces ni siquiera los abría, pero producían en las alumnas una sensación de conocimiento y esmero en la preparación de los temas que se debatían en el taller. Mientras hablaba, de vez en cuando soltaba alguna risita sarcástica, como burlándose de lo que él mismo había dicho. Las primeras semanas de lecturas fueron dedicadas a una introducción sobre el panorama general de la literatura japonesa. Luego se iniciaron con autores. Uno de ellos era Shusaku Endo y la novela propuesta se llamaba *Escándalo*.

La señorita Fina había estado leyendo detenidamente la novela, porque le producía incomodidad expresar comentarios poco inteligentes delante del resto de asistentes. Después de cambiarse de ropa, se sentó en un costado de la cama y abrió el libro. El personaje

central se llamaba Suguro, escritor católico, conocido como virtuoso, quien a los sesenta y cinco años y en la cima del éxito profesional, descubre sorprendentemente que existe una persona muy parecida físicamente a él, incluso, a juicio de algunos, idéntica, que usa el nombre del escritor y merodea por lugares sórdidos de extraña reputación.

Algunos párrafos le llamaban la atención y los subrayaba. Regresando a las primeras páginas; la señorita Fina hizo una recapitulación de lo que había leído. Las nociones morales de Suguro, siendo cristiano, despiertan comentarios controversiales entre sus colegas escritores.

La desdicha de Suguro es que debe describir a su Dios, un ser escurridizo para nosotros los japoneses. Como si pudiera ser entendido en un marco cultural japonés.

Volvió a leer el párrafo. Ella, en los momentos más difíciles, se había repetido: Dios, ¿por qué me has abandonado? Sobre todo cuando se sentía triste o sola. Era extraño que alguien pudiera decir que Dios era un ser escurridizo. ¿Lo era? Dejó el libro sobre sus rodillas con una sensación de incomodidad. Era escurridizo. Nunca había pensado que una palabra tuviera un significado tan atroz. De pronto, pensó que Dios y Humberto eran escurridizos. Se deslizaban y se perdían en las profundidades de algún lugar. Entonces, era posible que Dios la hubiera abandonado, o que no fuera lo que ella había creído. No era algo sólido, desde luego. De eso estaba segura. Era como el agua que caía de las oquedades de sus manos cuando las colocaba debajo del grifo de la cocina. No tenía forma alguna. Pensamientos, ideas, recuerdos, palabras de infancia que resonaban lejanamente en su memoria, todo eso era Dios. Tan grande y distante que ella no lo podía comprender. Si es que de veras existía, era escurridizo. Sacudió su cabeza en un gesto automático, intentando comprenderse.

A los pocos días, cuando acudió al taller de literatura, se encontró con que la mayoría de las participantes ya había terminado de leer la novela. Esta vez el profesor había ido con una gran bolsa de tejido andino colgada al hombro, de esas que usaban los estudiantes universitarios. Extrajo de ella un libro forrado con papel blanco y comenzó a leer algunos párrafos. A medida que hablaba se exasperaba dando saltitos de un extremo a otro de la pieza. Las mujeres lo escuchaban con gran atención. El profesor hablaba de pasiones escondidas, de perversiones, de sentimientos reprimidos. La historia era insólita. Después de realizar algunas indagaciones, Suguro concluye que se trata de un doble. Un psicólogo clínico le explica al escritor que se registran antecedentes de casos semejantes. Personas que escuchan haber sido vistas en diferentes lugares. Intentando desenmascarar al impostor, Suguro inicia una serie de búsquedas, y en el camino conoce a la señora Naruse, quien realiza abnegadamente labores de voluntariado social en un hospital. La señorita Fina no podía comprender cómo la señora Naruse, siendo bondadosa, era, al mismo tiempo, una sádica sexual que se excitaba apasionadamente ante el sufrimiento humano. Por un lado, velaba en la cabecera de niños gravemente enfermos y, por otro, se excitaba sexualmente ante la evocación vívida de masacres y asesinatos que habían ocurrido durante la guerra.

—El doble que busca Suguro en las calles, podría también ser interpretado como el otro lado oculto de su personalidad, como el lado oscuro que tiene la señora Naruse. En los seres humanos conviven ambas caras en una misma moneda —continuaba el profesor.

—Siempre se tiene una doble vida —dijo una de las participantes—, cuando leía la novela estaba pensando que una no siempre actúa como realmente piensa. Creo que a Suguro le cuesta trabajo

aceptar que el mal es tan propio de la naturaleza humana como el bien.

La señorita Fina estuvo de acuerdo. Conjeturó que tal vez ella lo comprendía mejor que nadie. La mentira era necesaria para ella, porque la angustia producida era menor que la tranquilidad. La imagen de Humberto le generaba sentimientos ambivalentes. Ella había deseado separarse de él. Hacía algunos años, cuando sus hijos eran aún pequeños, las visitas de él eran irregulares. Aunque no solían salir a lugares públicos, en una oportunidad habían ido a cenar a un restaurante. No era muy tarde, apenas después de la salida del banco. Conversaban tranquilamente cuando Humberto hizo un gesto de gran inquietud. Acababa de sorprender a Clemi saliendo del restaurante.

—Creo que nos ha visto —dijo él, alarmado.

—Bueno, ¿y qué? —preguntó ella.

—¿Cómo? ¿No te das cuenta?

—Sí, me lo acabas de decir, pero ¿qué quieres?, ya nos vio y qué.

Humberto hizo una venia llamando al mozo.

—Mejor, vámonos —expresó con acritud.

—¿Me vas a dejar plantada? —contestó ella hoscamente.

Él pidió la cuenta.

—Lo siento, pero tengo que irme. Quiero saber si nos ha visto. Yo le dije que me quedaba hasta tarde porque tenía una junta.

—Por favor, Humberto. ¿No puedes salir a comer con una compañera de labores? —rezongó ella con incomodidad.

Humberto pagó.

—¿Te quedas?

—No, por supuesto —afirmó ella.

Los dos salieron en silencio. Ella estaba tan airada y humillada que no tenía deseos de hablar. Él la despidió dejándola partir en un taxi. Por la noche, él la llamó por teléfono pero ella se negó a conversar con él. Se sentía dolida y ultrajada. Consideraba que él era un cobarde y que se amilanaba fácilmente. Tomó la decisión de no volverlo a ver. Aquella noche no pudo dormir. En el trabajo las lágrimas aparecían en cualquier momento, en cualquier lugar. Tenía ganas de llamarlo por teléfono, pero se contenía. ¿Es que acaso no lo sabías?, se preguntaba a sí misma, en voz alta, mirándose en el espejo. Finalmente lo llamó una tarde por teléfono y le dijo que no quería ni verlo personalmente, ni que la buscara si es que no tomaba decisiones definitivas, porque ella no iba a volver a pasar más escenas como la de aquella noche. Humberto la escuchó en silencio y le pidió disculpas.

—Ya lo sabes —le dijo—, si te apareces, es porque te has separado.

—¿No te parece que debemos conversar? —rogó él.

—Lo único que podríamos conversar es lo de tu separación —gruñó ella.

Colgó. Conforme pasaron los días, él la llamó al trabajo y a la casa, pero cuando ella le preguntaba por su separación, él respondía con evasivas. No se ha separado, no lo va a hacer, calculaba ella. Desde las primeras veces que salieron, Humberto nunca tocaba el tema de su familia. Ella a veces le preguntaba, pero la actitud de él era la misma, soslayaba la situación y demostraba muy claramente que aquel tópico le disgustaba. Tenían dos años de relaciones con algunos altibajos, sin tener incidentes que hubiesen podido poner en peligro el vínculo. Ella sabía, sin embargo, que tarde o temprano se lo plantearía. Su fastidio crecía a medida que pasaban las semanas y

los meses viendo que él jamás abordaba el tema. La separación era la consecuencia natural de un deterioro paulatino que ella constataba.

—Ellos consideran que una amante es como un postre —le dijo una amiga, intentando ser comprensiva—. Se supone que estás en una fiesta permanente, que no tienes que resolver el asunto de lavar la ropa y líos domésticos.

—Eso es una tontería —dijo ella—, prefiero ser la sopa y tener una vida normal con él.

Aceptó la invitación de ir a una reunión en casa de una amiga. Uno de los invitados conversó animadamente con ella durante toda la noche. Aunque estaba con el ánimo decaído, el hecho de interesarle a alguien actuó como un estímulo. En otras oportunidades se volvió a encontrar con él, siempre en casa de su amiga. Jugaban cartas y a veces salían en grupo. No le atraía especialmente. Aunque físicamente era simpático, su conversación era banal y aburrida. No podía dejar de compararlo con Humberto y admitir que, pese a todo, Humberto resultaba insustituible. Por momentos dudaba, considerando que lo idealizaba por estar enamorada, evaluando que debía salir y alternar con otros para lograr olvidarse de él. Una noche, salieron a una cafetería con un grupo de amigos. Todos estaban bebidos, y ella comenzó a conversar con un vecino de otra mesa. El hombre que la cortejaba se portó agresivamente.

—¡Cállate! —le increpó delante de todos—, hablas estupideces.

Ella se levantó bruscamente y se fue al baño. Comenzó a llorar. Resolvió regresar a su casa en taxi. Ya había notado que la conducta de él era persecutoria. Inquiría por sus actividades, sus amistades, sus horarios. Apenas lo conocía y ya demostraba una desproporcionada

curiosidad. Ella no le había hablado de Humberto, ni de su vida pasada, porque había algo en él que le producía desconfianza. Aquella noche comprobó que sus sospechas no eran infundadas. Temió incluso que el hombre fuera violento. No quiso regresar con él, a solas, en el mismo automóvil. Se marchó a su casa sin darle explicaciones. Él la llamó días después, pero ella se negó a volver a salir. La experiencia la descorazonó. Cuando, al poco tiempo, Humberto la volvió a buscar, aceptó hablar con él. En realidad, no conversaron nada que ella juzgara sustancial. Simplemente reanudaron los encuentros como si estos hubieran estado interrumpidos circunstancialmente y por un tácito acuerdo. Sin embargo, comprendió que él no sólo la había decepcionado, sino que, además, había definido el tipo de vínculo que podían tener en el futuro. Descartó cualquier discusión, pues tuvo el íntimo convencimiento de que sería inútil. En el taller literario las opiniones sobre la naturaleza del vínculo entre la señora Naruse y Suguro, tejían una variedad de especulaciones. La señorita Fina pensó, al finalizar la sesión, que las máximas sobre el amor eran ridículas, que nadie podía ser un predicador en asuntos amorosos.

Una mañana recibió en la oficina la visita del padre de un antiguo cliente de la agencia, que había fallecido. Ella misma le había entregado su liquidación, semanas atrás. El hombre, un septuagenario, parecía diez años mayor de la edad que afirmaba tener. En el rostro mustio y arrugado, se agitaban dos labios delgados, repitiendo palabras con el mismo tono de voz monótono y lastimero.

—No puede ser, señorita. Mi hijo me decía que había depositado una vez como cinco mil dólares, la otra como diez mil, mi hijo era bien ahorrador, no gastaba, no tomaba, sólo se dedicaba al negocio —protestaba el anciano.

El viejo traje oscuro que llevaba puesto el hombre tenía una mancha de grasa a la altura del pecho y era demasiado grande para él. Sus manos largas y huesudas con prominentes nudillos acompañaban las expresiones del anciano moviéndose de un lado a otro. El anciano había llevado un legajo amarillo y sucio, donde estaban apiladas desordenadamente boletas, facturas, órdenes de pago, documentos comerciales.

—¿Por qué no trajo esto antes? ¿Es todo lo que tiene? —preguntó solícita la señorita Fina.

El hombre afirmó con un murmullo casi inaudible. Se limpiaba los ojos con la manga del saco. La señorita Fina le alcanzó una servilleta de papel.

—Cómo me ha dejado mi hijo así —se lamentaba—. ¿Cómo van a ser tres mil dólares?, si mi hijo me decía que tenía más de cuarenta mil.

La señorita Fina hurgó entre los papeles y fue separando aquellos que correspondían al banco. Era un batiburrillo de recibos de toda índole y de diferentes establecimientos.

—Siempre se ocupó de nosotros, señorita —exclamaba el hombre con voz entrecortada. De su bolsillo sacó una fotografía tamaño pasaporte—. ¿Ve señorita?, él era mi hijo.

—Sí, sí, lo recuerdo, señor —respondió ella mirando la foto tristemente.

Un olor a sudor y ropa húmeda se esparcía por el ambiente. La señorita Fina terminó de separar lo referido al banco y comenzó a revisar cada una de las papeletas confrontándolas con la liquidación que se le había hecho al anciano. Había dos papeletas de depósito que sumaban más de veinte mil dólares y que no figuraban en los

registros. Comprobó el dato en pantalla. Era absolutamente inusual y correspondían al mes de fallecimiento del cliente.

—Qué diría su mamita si viviera —gimoteaba el anciano, desconsolado—, tantos años trabajando, ahorrando para comprar nuestra casita, tanto sacrificio por gusto señorita, por gusto.

—Señor, ¿no podría buscar un poco más en su casa?, no sé, tal vez encuentre otros comprobantes. Necesito estos documentos para levantar un informe —aconsejó tratando de infundir confianza en el anciano.

—Pero ¿dónde, señorita?, ¿dónde? Ya no hay más —repetía el hombre.

La señorita Fina seguía buscando en pantalla. La información aparecía inamovible. Los depósitos no estaban registrados.

—Para nada ha servido, señorita, porque nada ha disfrutado mi hijo —continuaba el hombre desesperado—, mi pobre hijo era bueno, señorita —sus ojos se humedecieron—, cuánto se preocupaba de su mamita cuando vivía, nos decía que íbamos a salir de pobres, señorita.

—Señor, por favor, guarde estos papeles que son muy importantes. ¿Podría fotocopiarlos y traérmelos?, ¿sí? Nuestra fotocopiadora no funciona ahora. Hágalo de una vez, señor.

—Hasta de la casa me van a botar, no puedo pagar el alquiler —continuaba el anciano—, la desgracia ha venido junta.

—Por lo menos el dinero de la liquidación, en algo le puede ayudar —explicó la señorita Fina.

—Pero ¡cómo, señorita!, esto es lo que me queda para toda la vida.

—Está bien, señor, regrese con las fotocopias y le prometo que voy a estudiar la liquidación. Déjemela, que voy a anotar las boletas.

Anotó las fechas y los montos de los depósitos en una hoja. El anciano respiraba fatigosamente. Se levantó del asiento y caminó a pasos cortos hasta la puerta. Era de pequeña estatura y caminaba encorvado. Su hijo había fallecido de una pancreatitis aguda, cuarenta y cinco años, soltero, comerciante de telas. Tenía cuentas y créditos en la agencia desde hacía varios años. De condición humilde, logró tener buenos movimientos en el mercado, llegando a comercializar maquinaria textil. La señorita Fina lo recordaba bien. Llamaba la atención porque era pequeño, de talla igual que el padre, sumamente delgado, pálido, con un pequeño bigote cuadrado. Vivían en el Rímac pero el cliente llevaba sus cuentas en el banco porque vendía en establecimientos de Miraflores. La oficina había realizado una liquidación que arrojaba un saldo de tres mil dólares, descontando la cobertura del seguro. Ella recordaba que, aunque aquella cuenta tenía movimientos bastante irregulares, su habitual cierre de año demostraba más bien un saldo acreedor positivo al cliente, por lo que, siguiendo la progresión de la cuenta, debería haber tenido un saldo de cincuenta y cinco o sesenta mil dólares en la época de la liquidación. Sin embargo, al hacer el balance, los resultados habían sido diferentes. La ausencia de registros de depósito que acababa de detectar era un indicio que ameritaba informar a su jefe de grupo, dedujo la señorita Fina. Pero luego recordó que su jefe estaba de vacaciones, así que era preferible tener más información sobre esa cuenta. La liquidación había pasado por cuentas corrientes, ahorros, legal y tenía los sellos de rutina. Se comunicó con el archivo central y solicitó las fotocopias de los movimientos de los últimos doce meses.

TERCER CAPÍTULO

Una de esas noches tan claras que parecía de día, la invitó a no entrar en su casa sino a dirigirse por la calle hacia algún lugar. Caminaba por el borde del malecón, cuando comenzó a percibir que veía borrosamente. Detuvo la vista unos segundos sobre el horizonte. Notó que las piernas le temblaban. Le parecía que se inclinaba hacia un costado. No recordaba la última fecha en que fue a su control médico. Quizás más de dos años. El galeno le había recomendado que estuviera atenta a las molestias que aparecieran, pero ella trataba de ignorarlas. O, por lo menos, no las había experimentado tan crudamente como la primera crisis, diez años atrás. Una mañana, cuando estaba trabajando en la oficina, descubrió que en el rostro de una cliente a quien atendía, le faltaba la nariz. Más exactamente, había un cuadrado negro que cubría y ocultaba una parte de su mejilla. Al cambiar la dirección de su mirada le dolieron ambos ojos. Volvió a observar a la clienta y la mancha negra continuaba escondiendo una porción de la cara. Se asustó. La despidió apresuradamente, reparando que, donde mirara, ahí estaba la mancha negra ocupando gran parte de su campo visual. Aquello había durado algunos segundos. En el transcurso de las horas su desazón fue desapareciendo y se olvidó del episodio, o no le prestó mayor importancia. En las semanas

siguientes, tuvo adormecimientos en las piernas, y luego una sensación de extrema debilidad. En otra oportunidad frente a la pantalla del monitor comenzó a ver doble. Dos pantallas, dos tableros, dos columnas de números. No podía creerlo. Aquella misma tarde pidió permiso y se fue al hospital. Inicialmente la examinó un médico general explicándole que no sabía bien de qué se trataba, pero creía que podía ser alguna enfermedad neurológica, por lo que la transfirió a otro servicio. El neurólogo le hizo pruebas durante un mes, al final del cual le informó que era muy probable que tuviera una enfermedad llamada Esclerosis Lateral.

—Podría no tener síntomas en muchos años detalló el médico —pero es probable que las molestias que ha tenido se repitan.

—¿Probable? —preguntó ella confundida.

—En un cincuenta por ciento de pacientes, la enfermedad se hace progresiva.

—¿Quiere decir que volveré a ver doble?

—Posiblemente —repitió el médico con una mirada compasiva.

—¿Qué produce esta enfermedad? —exclamó ella, nerviosamente.

—Puede tener alguna molestia al hablar, quizás un temblor en las extremidades, algún problema urinario. No se sabe bien, depende de cada paciente, de cada persona.

—¿Urinario?

—Dificultades para orinar.

—¿Qué dificultades?

—Retención de orina. Escuche. No necesariamente es su caso.

—Dígame, por favor.

El médico dio un pequeño suspiro. Intentaba no ser alarmista.

—Se pierde la elasticidad de la vejiga urinaria, que tiene una consistencia flexible.

—¿Y eso qué produce?

—Hay que colocar una sonda.

—¿Qué es una sonda?

—Un tubo de goma, de plástico, por decir. Eso permite evacuar la vejiga porque la retención puede producir infecciones. Si se hace crónica, llega a dañar al riñón.

—Ah.

—Le repito, no es posible determinar con precisión la evolución de la enfermedad.

—¿Y el tratamiento? —demandó ella.

—Sólo podemos aliviarle algunos síntomas —respondió en voz baja.

—¿Qué quiere decir?

—Ayudarla para evitar que la enfermedad progrese, pero no podemos curarla. Por eso es importante que se haga un examen semestral y luego anual. Le repito que muchas personas no desarrollan síntomas hasta muchos años después del diagnóstico.

—Usted está seguro de que tengo, tengo, ¿cómo dice que se llama?

—Esclerosis lateral.

—Esclerosis lateral —repitió ella.

—Pero señorita, todavía es prematuro aventurar el futuro. Usted tiene menos de cuarenta años y hemos visto a su edad, casos espectaculares de pacientes que tienen una crisis y luego viven muchos años más sin mayores complicaciones.

—¿Está verdaderamente seguro?, ¿seguro de que tengo esa enfermedad? —insistió.

—Si lo desea, consulte a otros especialistas —indicó el médico comprensivamente.

—¿Podría escribir el nombre de la enfermedad, por favor? —pidió ella.

El médico la anotó en un papel y se la entregó. Cuando se encontró en la calle, era de noche. La gente que se cruzaba al lado de ella parecía mirarla. Trataba de fijar la vista en los rostros tratando de descubrir, inútilmente, un atisbo de alegría. Notó que la gente caminaba con el ceño fruncido. Cuántas infecciones urinarias, cuántas esclerosis, cuántas enfermedades llevaban encima. La gente se moría. La muerte había estado tan lejos para ella que todavía le resultaba extraña. Era como si se tratara de otra persona, otra enferma, otro cuerpo que no era el suyo. Llegó a la conclusión de que no era la muerte lo que le producía angustia. Era la incapacidad, el saberse impedida, disminuida, el depender de otros. Fue a ver a dos especialistas más y continuaron practicándole exámenes y pruebas, pero la respuesta era la misma. A medida que hablaba con un médico y otro, la información se ampliaba. Afectaba su sistema nervioso. Producía problemas en la vista. Podría quedarse parálitica desde la cintura hacia abajo. Dejaría de orinar. Tendría tal vez insuficiencia renal en algún momento, se haría diálisis interdiariamente para purificar su sangre. Quizás algún día se quedaría ciega y moriría. Los médicos insinuaban delicadamente que era mejor que su familia lo supiera, que estuviera preparada para un futuro impredecible. Cuanto más pensaba en aquella dolencia, revivía cada uno de los rostros de los galenos, recordaba sus palabras, trataba de precisar sus significados, ambigüedades y vacíos y la única certeza que le quedaba era que no estaba sana. Y lo peor de todo, que nunca más estaría sana.

Al regresar de su caminata, encontró debajo de la puerta de su casa el recibo de la compañía de luz eléctrica. Al revisar la cantidad facturada, se sorprendió. Era tres veces superior a lo que había pagado el mes anterior. En un estante del comedor guardaba los recibos de las compañías de servicios, ordenadamente. No lo había hecho así siempre. Muchas veces los había perdido o estaban desperdigados entre los muebles de la casa. En los últimos años, sin embargo, guardaba cada uno de ellos en diferentes carpetas. Extrajo los doce últimos recibos e hizo un promedio anual. De la sorpresa pasó a una completa indignación. Se sentó en la mesa del comedor e hizo una carta de queja dirigida a la compañía, anotando en ella el número de cada recibo y su correspondiente facturación del último año. Dos años atrás, había presentado también otra queja sobre el consumo de luz eléctrica, pero la compañía declaró infundado su reclamo, por lo que tuvo que pagar no sólo los tres meses atrasados de consumo, sino los intereses respectivos. Ella no haría el trámite porque creyera que su reclamo tendría éxito. Esa probabilidad la tenía descartada. Lo hacía porque consideraba que la empresa no podía actuar con tal impunidad. ¿Cómo demostrarles que ellos estaban equivocados? Y si el medidor de luz eléctrica estaba descompuesto. ¿Cómo lo podría detectar? Contratar a un electricista le había salido costoso la vez anterior. Aun a pesar de que el hombre le había arreglado algunos cables deteriorados, le advirtió que el problema no era el consumo, sino el medidor de luz. Había gastado tiempo y dinero de pasajes y encima, le cobraban una tarifa excepcional para tener derecho a apelar la decisión de la compañía. Pero la señorita Fina no estaba dispuesta a ser derrotada. Consideraba que el éxito de su gestión consistía en que la compañía se diera el trabajo de responder a sus demandas. Al terminar de escribir el documento, agregó las palabras

que añadía usualmente, me reservo el iniciar las acciones legales pertinentes al amparo de la protección de mis derechos como usuaria de servicios. Meditó en lo gastada que le resultaba aquella frase, porque la había escrito muchas veces y nunca había iniciado las acciones legales pertinentes, porque no tenía dinero para pagar a un abogado. Y lo peor de todo era que no podía prescindir de la compañía de luz eléctrica. No había más que una sola compañía de luz y dependía de ella. No le importaba hacer el reclamo diez veces si fuera necesario, porque no confiaba en absoluto en la compañía y en sus mediciones de consumo, así como tampoco confiaba en ninguna gran corporación protegida por la anonimía. Aquella noche se acostó satisfecha, pensando en el detalle de la carta de protesta.

El fin de semana siguiente volvió a acudir al supermercado. Aunque en los días de fiesta la afluencia de público era mayor, la señorita Fina no tenía elección. Le disgustaba más ir arrastrando el cansancio de un día laboral, que lidiar con la gente los sábados por la tarde. Se acercó al mostrador que vendía los billetes de lotería. Hacía bastante tiempo que no se sacaba ninguna terminal. Qué bien me vendría el dinero, se dijo. Nunca había descartado la posibilidad que quizás algún día tuviera un premio. Necesitaba dinero. Ahora más que nunca lo necesitaba. El dinero se depreciaría con el tiempo y el sueldo de la jubilación terminaría siendo miserable. Sus clientes más quejumbrosos eran los jubilados. La señorita Fina había calculado que en promedio gastaría un sesenta por ciento de su salario en el seguro de salud privado y en medicamentos. El resto en el pago de la luz, el agua y el teléfono, que cada semestre reajustaban sus tarifas. Sus ingresos sólo le alcanzarían para pagar servicios. Compró su billete de lotería y escuchó complacida que la vendedora le dijera,

gracias, suerte, como si aquellas palabras fueran un buen augurio, porque no perdían su efecto a pesar de que las escuchaba siempre, desde hacía años. Se dirigió hacia los estantes de comida y se detuvo para examinar los productos nuevos. Generalmente buscaba algún tipo de sopa sintética que aún no hubiera probado o las frutas y verduras de estación. Nunca había aprendido a distinguir cuándo era la época de caihuas o la de toronjas. Cogía las frutas, las olía, las pesaba manualmente, las depositaba en su lugar sin decidirse cuál elegir. Había estado revisando la liquidación Aranguren y no encontraba errores, excepto aquellas inexplicables boletitas de depósito. Si el anciano no las hubiera recuperado, hubiera sido imposible cualquier intento de investigación. ¿Quién tenía relación con Aranguren? El hombre confiaba mucho en los empleados, Manzanares lo orientaba en los préstamos y Campina lo había atendido cuando estaba ocupada o ausente. Incluso ella recordaba haber aprobado telefónicamente algún sobregiro del cliente a propuesta de Manzanares. Como muchos clientes antiguos, conocía además a los cajeros. Después de la visita del señor Aranguren padre, confrontó los datos de las boletas que había llevado el anciano, con las fotocopias del archivo, encontrando que el dinero ingresaba los fines de mes a la taja, pero las boletas tenían fecha de recepción de los primeros días de mes. El dinero no había desaparecido de golpe sino sistemáticamente. El hombre depositaba regularmente, pero pequeñas cantidades. Pagaba sus letras puntualmente, parecía cumplido. Por lo menos las boletas eran la única prueba en manos del cliente. Tendría que examinar a qué cajero correspondía el visto de las boletas, aunque también cabría la posibilidad de que alguien hubiera cogido el sello de algún cajero descuidado o, incluso, falsificado su rúbrica. Su recorrido en el supermercado era metódico. Comenzaba en los vegetales,

continuaba en las carnes, luego en los embutidos y terminaba en los abarrotos. Estaba convenciéndose de comprar unas servilletas de papel de color verde, cuando alguien se le acercó a sus espaldas. Era Osorio.

—¿Cómo está? —la saludó discretamente.

La señorita Fina no pudo reprimir un gesto de desagrado al verlo. Sin esperar respuesta, el hombre continuó hablando rápidamente.

—Ahora estoy trabajando en la bolsa. Recién estoy comenzando, pero aprendo rápido.

—Me alegro por usted —replicó la señorita Fina.

—Es un trabajo, después de todo, uno tiene que trabajar —agregó. Un halo de tristeza invadió su rostro.

—Claro —contestó ella.

Al verlo marcharse tuvo la certeza de que Osorio mentía y que estaba desempleado. Ese tono de voz que intentaba ser convincente irradiaba la falsa seguridad de quien oculta algo. Independiente de su culpabilidad o no, lo que había castigado el banco no era el delito, después de todo no se había podido probar nada, sino el escándalo de la evidencia. No supo por qué exactamente, pero se acordó de un caso, así eran las cosas del espíritu, aparecían de pronto, por alguna misteriosa razón, un caso que le contó un cliente médico, sobre el director de un pequeño centro de salud en la ciudad de Piura, que daba mucha libertad a los trabajadores y ellos no sabían qué hacer. ¿Libertad de qué?, había preguntado la señorita Fina. Para hacer sus cosas, para trabajar. No sé, es que el hombre era diferente a otros directores, no encajaba en el sistema. Parece que cuando a la gente se les dice que hagan las cosas como creen que deben de hacerlas, es decir, que decidan, se desconciertan. No saben. Es mejor decirles que

hagan así o asá. El hombre era muy creativo. Ese tipo era buen médico, trataba a la gente como debe de hacerse. Fíjese señorita, no les decía a los subalternos, firma tu papeleta para salir en esta comisión de trabajo a las once y quince. Y cuando regreses a las doce, firma esta otra, que tiene que sellarla fulano y luego mengano. Y después tienes que irte allá para anotarla en el cuaderno de registro. Gran burocracia. Pues a ese médico no le gustaba hacer tanto control. Es denigrante para cualquiera, decía. Y no daba tantas indicaciones, exigencias, más bien planteaba preguntas. ¿Y cómo cree usted que puede resolver esto?, y la gente se quedaba confundida. Por eso fue que el director regional lo sacó de ahí y el hombre se quedó sin trabajo; yo me lo encontré un día en el mercado de Piura, dijo el cliente médico. Y el colega hacía meses que estaba desocupado. Y no fue, señorita, por un problema de deshonestidad, de robo, o de pereza o de incumplimiento o abuso. Fue porque el hombre era creativo y sus trabajadores no sabían qué hacer, por eso fue. No se debe ser tan creativo, ¿no le parece? La señorita Fina tuvo lástima por el sujeto, le hubiera gustado conocer a ese jefe médico que no había pretendido ser dios, tipo raro, no llegó a tener tiempo, seguramente, para entender dónde se había metido. ¿Eso se llamaba desadaptación?, pensó. No, eso se llamaba ilusión, de esas que eran fatales. ¿No le parece?, había repetido el cliente. Ella abrió la boca y luego la cerró, se había quedado callada, como si no le importara, para qué dar explicaciones a un desconocido, su opinión era rigurosamente personal.

La señorita Fina dio la vuelta por la estantería de papel higiénico y echó en la carretilla una bolsa de rollos blancos, mirando, aliviada, los paquetes de toallas higiénicas para mujeres que ella ya no usaba. Ahora las había largas, gruesas, pequeñas, para flujo normal o abundante, con alas, sin alas, con fondo adhesivo o no, perfumadas

o inodoras. Antes eran únicas, vergonzosas, gruesas, cuadradas como pañales, no anatómicas, era más difícil menstruar, qué extraño, qué cambios, algunas cosas cambiaban, otras no. Hizo un rodeo por el mostrador de quesos que estaba colocado en el centro del supermercado. En la sección pescados notó que había un grupo nutrido de gente. Vio de nuevo a Osorio arrastrando su carrito vacío. Tuvo la impresión de que el hombre estaba dando vueltas sin rumbo, sin intenciones de comprar, que seguiría así, indefinidamente.

CUARTO CAPÍTULO

—Señorita. No tengo por qué pagar intereses de un depósito que le he hecho el banco por error. No tengo por qué —se quejaba la clienta.

Era casi media mañana y la agencia estaba abarrotada de gente.

—El dinero no pertenecía a su cuenta —explicó cortésmente la señorita Fina.

—Es que no tenía cómo saberlo. ¿No entiende? Vendo comestibles, los clientes me depositan en distintas fechas. ¿Cómo iba a saber? Y encima, el banco tiene el descaro de cobrarme intereses.

La señorita Fina dio un largo suspiro.

—Si no deposita va a tener problemas, señora —indicó con amabilidad.

La mujer tenía los ojos cubiertos por unos lentes negros.

—Tengo problemas familiares. Soy divorciada con cuatro hijos pequeños. Ahora no tengo dinero.

—¿Cuándo puede pagar?

—A fin de mes, señorita.

Durante unos segundos, la señorita Fina contempló con resignación la columna de documentos que tenía sobre su escritorio. Esperaba una nutrida jornada de trabajo. Abrió uno de los cajones y extrajo de él su chequera.

—Mire, señora, le voy a dar un cheque mío para que deposite. A fin de mes usted me lo devuelve en esta cuenta. ¿OK?

La señora pareció no comprender.

—Usted paga ahora y me lo devuelve a fin de mes —repitió la señorita Fina.

—Sí, señorita, a fin de mes se lo deposito de todas maneras, de todas maneras —exclamó la señora algo turbada.

La mujer le extendió la mano agradecida. Antes de partir, se volvió y le lanzó una mirada de incredulidad. La señorita Fina estimó que la alternativa que había encontrado era tan irregular como el depósito. ¿Por qué le había girado el cheque? Tenía que reconocer que las personas actuaban como si el mundo estuviera organizado por reglas mágicas, sin origen ni fin. Y no era exactamente así. El mundo era desordenado. Alguien se equivoca y se interrumpe todo el movimiento de la maquinaria. Sabía muy bien cuáles eran esos principios que pretendían regular el desorden. Principios de institucionalidad, principios del trabajador bancario. Se imaginaba un código no escrito, un conjunto de reglas que se referían a la honestidad, la honradez, quizás la lealtad y otros conceptos que debían regir los comportamientos. Pero esas palabras eran lejanas, palabras de discursos, de documentos oficiales, de ceremonias públicas. Castillos de palabras domesticadas, persuasivas, edificantes, entusiastas. Sentía animadversión hacia ellas. Le disgustaban. Le motivaban un deseo irrefrenable de desenmascararlas, de desmontar sus mecanismos y sus trucos, de disolver sus ligaduras. Porque la señorita Fina no dudaba que la misión de aquellas palabras había sido así siempre, ocultando crímenes antiguos, desde el principio de los tiempos, cuando el dinero pasaba por intermediarios convertidos en custodios o en prestamistas. Con la informatización, los volúmenes monetarios

crecían aceleradamente, pero las posibilidades de juego también eran amplias y variadas. Un sentimiento subversivo la animaba desde lo más profundo de sí misma cuando tenía que hablar con algún jefe de cuello y corbata como Berrocal, gerente de agencias, el que, con gesto serio y orgullo artificioso, repetía las consabidas frases ante sus subordinados. Legitimidad, calidad total, eficiencia, productividad. Y cada una de sus afirmaciones o enunciados producía en la señorita Fina una irritación mal contenida. El señor Berrocal, como la mayoría de directivos del banco, utilizaba en forma permanente la palabra, nosotros. Nosotros. Porque nosotros. Ya que nosotros. La señorita Fina en sus veinticinco años de trabajo; no podía precisar aún quiénes ocupaban el lugar atribuido al nosotros. ¿Los altos funcionarios?, ¿los accionistas?, ¿el directorio? Se había vuelto menos tolerante respecto a ello y por eso es que había llegado a la conclusión de que era la hora de retirarse. No tenía ya nada que hacer en la jerarquía de puestos o ascensos. Nadie le ofrecería nada nuevo. En cambio, para Manzanares y Campina, el trabajo les reservaba muchas sorpresas. Frescos y pulcros, enfundados en sus camisas de algodón y sus pantalones oscuros, dividían al mundo entre ganadores y perdedores, y ellos luchaban para ubicarse entre los primeros. Vivían tan obsesionados por acumular dinero que sus salarios como empleados les resultaban insuficientes. Querían conocer las claves de los negocios y de las transacciones financieras para luego utilizarlas empresarialmente, fuera de la institución bancaria. A veces la señorita Fina se preguntaba por qué ella se había quedado detenida en una idea de futuro seguro, pequeño, sin grandes ambiciones, pero confortable. Ese tipo de futuro había desaparecido. El problema era que ella no se había dado cuenta cuándo y cómo se había extinguido.

Volvió a examinar el caso Aranguren. El señor no había regresado con la documentación. Eso impedía que pudiera avanzar. Cada vez estaba más convencida de que alguien había estado jugando con los sobregiros autorizados para Aranguren, para encubrir movimientos fraudulentos que se hacían con su cuenta. La muerte súbita del cliente facilitó que los últimos depósitos nunca fueran ingresados a caja. No había pruebas. Quien lo había hecho no contaba con que el anciano trajera papeletas antiguas. Para entregas en efectivo, las boletas tenían una copia original para el banco y otra que se entregaba al cliente. La original alguien se la había guardado en el bolsillo. Siempre era un problema llevar el registro de las transacciones en efectivo. La señorita Fina tenía especial empeño en desarrollar la norma bancaria de conocer al cliente, pero reconocía que con la cantidad de operaciones que tenía que supervisar, no le quedaba mucho tiempo para rastrear movimientos insólitos. Estudió el expediente con cuidado. El señor Aranguren, como muchos comerciantes provincianos, había ahorrado escrupulosamente durante años, invirtiendo en bienes de capital parte de las ganancias. Y aunque su cuenta movilizaba más de un cuarto de millón de dólares, vivía pobremente en una quinta de vecindario de casas de quinchá y barro. El hombre había dejado a su padre como único heredero. Tal vez habría creído que lo dejaba asegurado.

Manzanares y Campina eran empleados que sabían moverse en el negocio. Eran tan simpáticos y conversadores como encantadores de serpientes. La señorita Fina los veía y razonaba que ambos se complementaban. Sin embargo, no parecían ser amigos, eran simplemente compañeros de trabajo. En ocasiones, Campina criticaba los procedimientos de Manzanares, a los que calificaba de descuidados. También podían ser celos profesionales porque

Manzanares había ascendido más rápidamente que él. Se conocían porque habían rotado juntos por algunas agencias. Cada uno ensayaba su propio juego con los clientes y se anotaban puntos personales. Cada uno, además, intentaría con el tiempo llevárselos a sus propias agencias si es que lograban consolidar ascendencia y credibilidad ante ellos. Pero, sobre todo, algunas facilidades. Especialmente una discreta permisividad frente a ciertas reglas o normas que podían ser obviadas y que hacían que los empresarios se sintieran tratados de manera especial. Como asistente suyo, Campina tenía mayor acceso a la señorita Fina. Aquella mañana se acercó a despachar con ella algunas solicitudes.

—Es un cliente que quiere fraccionar estos pagos—le explicó él.

La señorita Fina veía que algunos clientes eran inhibidos con ella y tenían más confianza para hacerle consultas a Manzanares o Campina. Eso no le preocupaba porque había clientes que desconfiaban de las mujeres. Por eso escuchaba con atención las sugerencias de Manzanares y Campina en relación con algunos clientes y sus operaciones de crédito.

—Me dijeron que vino el señor Aranguren —le dijo Campina.

—Ah, sí. Justamente, sobre eso quería hablar con el señor Berrocal en la central —respondió ella sin dejar de revisar las operaciones que le había presentado Campina.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Campina.

—No, nada. Es que el señor no entiende bien lo de la liquidación que le hicieron, ya sabes, es viejito, hay que explicarle detalladamente —continuó la señorita Fina distraídamente.

—Y usted sí que tiene paciencia con los ancianos —añadió amablemente Campina.

—A propósito de Aranguren —exclamó la señorita Fina levantando la cabeza—. ¿Quién lo atendió la última vez? No recuerdo haberlo visto hace tiempo.

Campina se alzó de hombros.

—Yo estaba de vacaciones, debe haber sido Manzanares.

—Oh, bien —respondió la señorita Fina—, estuve examinando el expediente y me llama la atención lo regular que era durante un tiempo y cómo luego súbitamente presentaba saldos deudores.

Campina denegó con la cabeza.

—No recuerdo, tendría que revisar los listados.

—No es necesario, olvídale —dijo ella.

Cuando Campina se retiró, la señorita Fina pensó que, a pesar de todo, el caso Aranguren tendría que cerrarse. Contempló la espalda de su asistente que ahora conversaba con Manzanares. ¿Cómo no encontraba forma de probar algo? Si tan sólo tuviera las fotocopias de las boletas. Cualquiera de los dos, Campina o Manzanares bien pudieron recibir entregas en efectivo. O incluso cualquier otro si uno de ellos hubiera estado de vacaciones. Eran lo suficientemente eficaces como ambiciosos. Y los clientes eran personas a quienes no se les debía hacer demasiadas preguntas inútiles. Había algunos clientes reacios a suministrar información de sus propias empresas. Otros que de manera anticipada cancelaban sus obligaciones con sumas considerables de dinero y haciendo pagos inesperados. Buscó el expediente y examinó una vez más los listados de los movimientos antiguos de la cuenta. Luego de jugar con algunos minutos con las columnas de números, juzgó que debía comenzar a estudiar el perfil de ciertos clientes que tenían varias cuentas y que realizaban transferencias entre ellas. También aquellos que tenían transacciones de grandes cantidades en sus cuentas. Durante un buen rato se dedicó a

seleccionar un grupo de cuentas que le llamó la atención. Luego las clasificó y ordenó detenidamente.

A medida que transcurrió el tiempo, la participación de la señorita Fina en el taller literario se fue convirtiendo en un asunto de disciplina. A pesar de la fatiga que sentía luego de la jornada laboral, se impuso no faltar a las sesiones. Era una de las primeras en llegar, pero también en retirarse, porque no le gustaba regresar demasiado tarde a su casa. Las calles eran solitarias y oscuras cerca al malecón. Después de la discusión de la novela *Escándalo* de Shusaku Endo, el profesor de literatura les propuso analizar *El sol que declina*, de Osamu Dazai.

—Nuestro objetivo es tener una visión básica de la literatura japonesa, incluida la contemporánea. Es por eso que prefiero que veamos primero a un conjunto de los autores más representativos, y luego podemos profundizar en algunos.

La vida del escritor había sido triste. Nunca llegó a adaptarse al Japón de la postguerra. Su primer intento de suicidio fue durante los estudios escolares. Murió en su tercer intento, arrojándose al río con su amante. Tenía treinta y nueve años.

—En la novela podemos observar el deterioro de una forma de vida tradicional y aristócrata, a través de las penurias económicas que pasa la familia de Kazuko, una joven de veintinueve años que se siente solterona, puesto que, a su edad, la mayoría de mujeres ya están casadas.

El profesor hizo un breve resumen del argumento. La señorita Fina escuchó con interés, experimentando una súbita atracción hacia la historia. El profesor leyó algunos párrafos.

En cualquier época, a los seres como yo, carentes de vitalidad y plagados de defectos, vacíos de ideas y pensamientos, les está deparado seguramente desaparecer por su propia mano, pero yo tengo una justificación que ofrecer. Yo siento que la atmósfera y las circunstancias me hacen extremadamente difícil seguir viviendo.

Hablaba Naoji, el hermano de Kazuko alcohólico, quien termina suicidándose. Kazuko lee su diario. El profesor explicaba que algunos autores interpretaban que Naoji era un sucedáneo del propio autor. Sus reflexiones sobre la muerte aludían a las mismas que condujeron a Osamu Dazai hacia la autodestrucción. La señorita Fina viajaba desde Nishikata, el lugar residencial donde vivió la familia de Kazuko, hasta Izu, la casa campestre que los había acogido en medio de la pobreza. Ella, como Naoji y Dazai, también había pensado en el suicidio. El dolor que le producía saber que tenía una enfermedad incurable se hacía por momentos insoportable.

Cuando recibió el diagnóstico aún vivían sus padres. Nunca se atrevió a decírselos. Guardó el secreto haciendo vanos esfuerzos para olvidarse de él. Al conocer a Humberto imaginó una vida con cierta normalidad. Algún día vivirían juntos, se casarían. Ella intentaría tener hijos. Pero cuando el médico le explicó que habría grandes posibilidades de que la enfermedad se transmitiera genéticamente, le invadió la tristeza. Era como enterarse de una desgracia adicional, que le advertía de nuevo que su vida no sería normal. Aquello le costó grandes esfuerzos y dudas. Había un alto porcentaje de transmisión hereditaria, pero no era absoluto. Durante meses y años, meditó sobre sus posibilidades. Acudió a bibliotecas e hizo lecturas sobre la enfermedad. Inclusive especuló que no le importaba vivir o no con Humberto, casarse o no. Lo que más le angustiaba era no poder tener hijos. Tomar esa decisión. Sus interrogantes permanecieron en su

mundo interior. Tampoco se lo dijo a Humberto. Tenía temor de su reacción. Él podía desalentarse porque su amor era débil, hecho de encuentros ocasionales. Una tarde que regresaba del banco hacia su casa, tuvo la impresión de que su vida era más problemática que gratificante. No quería además llegar al momento en que estuviera sola e inválida y nadie pudiera atenderla. Entonces se mataría. Anduvo por las calles hasta que oscureció. Dio vueltas alrededor del malecón hasta que llegó al puente Villena frente al mar. Sabía que era uno de los lugares preferidos por los suicidas. Se arrojaban desde lo alto hacia el pavimento de la avenida que descendía hasta la playa. Ella contempló el fondo y calculó que la distancia era grande. Rememoró que alguna persona había quedado malherida, pero no muerta. En todo caso, la muerte por traumatismos severos debía ocasionar un sufrimiento intenso. Calculó que, si se mataba, lo haría con algún veneno o pastillas para dormir. El médico le había recetado antidepresivos y unas tabletas para la ansiedad. Se podría tomar el contenido de varios frascos y, como había visto en las películas, se emborracharía con whisky. Dejaría una carta para Humberto. Cuando pensó en sus padres, se detuvo. Comprendió que mientras estuvieran vivos no podría hacerlo.

Al llegar por la noche a su casa, depositó la separata de Osamu Dazai en su mesa de noche. Tuvo miedo de leerla. El libro no se encontraba en las librerías de Lima, así que el profesor lo había prestado y se había fotocopiado para las participantes del taller. En la solapa interna, el rostro de Osamu Dazai no se veía nítidamente. Ella deseó haber reparado un poco más en la foto del libro que ahora no podía distinguir. Hubiera querido leer a través de esos ojos hundidos en un rostro alargado y enjuto que parecían contemplarla vagamente. Al apagar la lamparilla que iluminaba su dormitorio, una súbita calma la invadió.

La muerte, esa circunstancia temible o atroz, había quedado reducida a un hecho simple. Su padre y su madre estaban muertos. Tenía la impresión de que algún día, quién sabe cuándo, los encontraría. Se preguntaba cómo había llegado a aceptar el que nunca más volviera a verlos. O tal vez no lo había aceptado. Tal vez no fuera creíble no volver a verlos. La casa, con sus objetos y muebles rezumando viejas historias, contribuía a permitir que los recuerdos y las imágenes la acompañaran con naturalidad, sin dramatismos.

Su padre había trabajado como contador durante toda su vida en la empresa inglesa Coors & Seagram Metals, dedicada a la importación de insumos para la industria metal mecánica. Siempre decía, debo estudiar inglés. Si supiera inglés, otra cosa sería. Y así tenía un abanico de comentarios semejantes relativos al idioma inglés. Pero nunca lo estudió. Ni siquiera se matriculó en algún curso. Más bien parecía ser un hombre al que le gustaba más soñar que hacer. Su muerte tuvo la misma simplicidad con la que había vivido. Un día se quedó dormido en el sofá de la sala. No volvió a despertar. Llevaba los lentes sobre la nariz, como si estuviera a punto de leer el periódico que descansaba entre sus piernas. Su madre era una mujer enérgica y dinámica. Gordita, bajita, se movía de un lugar a otro de la casa de una manera ruidosa. Sacudiendo el polvo, regando las plantas, enderezando los cuadros. Hija de italianos, le consiguió un apoyo decisivo para ingresar a trabajar al banco a través de un paisano florentino que tenía una modesta mueblería en Lince. Llevaron una vida sencilla, asistiendo a misa los domingos por la mañana, almorzando y cenando juntos hasta que ella comenzó con el trabajo en la agencia central. Se podría decir que su vida se dividía en dos partes. Antes y después del banco.

Cuando estaba sola, las voces del pasado regresaban. Papá, no tengo ganas de hablar, estoy muy cansada. Nunca tienes tiempo. Estoy agotada papá. Lo veía sentado en el fondo del sillón viendo el noticiero nocturno. ¿Eres tú, Fina?, ¿eres tú?, apaga la luz antes de subir, por favor. Cierra bien la puerta de la calle. De niña lo había pensado muchas veces. ¿Qué pasaría si su padre y su madre murieran?, ¿adónde iría?, ¿con quién? Quizás porque era hija única presagió la muerte antes que otros. El día en que por fin llegó, no fue sorprendida. Primero fue su padre. Dos años más tarde, confirmando lo que había escuchado, que la muerte se apiada de los esposos ancianos, murió su madre. Ella había preferido que fuese así, primero su padre y luego su madre. Supuso que para su madre sería más fácil sobrellevar la viudez porque tenía amigas, conversaba y salía con ellas, estaba más acompañada, lloraba cuando le provocaba hacerlo, rezongaba y evocaba el pasado sin pudor alguno. En cambio, su padre vivía aisladamente, sólo salía por la presión de su madre y en contadas ocasiones. Era parco, le disgustaba quejarse, y no lloraba con soltura. O por lo menos ella no lo había visto llorar. No podía siquiera imaginarse qué hubiera sido de la vida de su padre si hubiera tenido que afrontar la viudez.

Ahora todo estaba en silencio. Sólo ella y su propia enfermedad. Tenía tiempo suficiente para meditar sentada en cualquier rincón de la casa sin que nadie interrumpiera sus pensamientos, sin tener que dar explicaciones por su mutismo. Tenía que hacer su testamento. Disponer el destino de los muebles, los adornos, los objetos. Esa era una de las razones por las que no invertía en la decoración o el mobiliario. No importaba que las paredes estuvieran descascarilladas o sucias, los tapices descoloridos, las alfombras casi lisas y sin pelo. Ella amaba la historia que escondían. Esa historia que

terminaría porque no había a quién transmitirla. El cansancio la invadió. Mientras llegaba el sueño, iba inventando mentalmente los muebles, los cuadros, los artefactos eléctricos. Los iba distribuyendo a cada una de sus amigas. En algún momento tendría que hacer un documento por escrito. Tendría que ir a un notario. Por lo menos así evitaría que quedaran en mano de desconocidos. A falta de hijos, los objetos se habían cargado de valor.

QUINTO CAPÍTULO

—Sus reflejos están bien —dijo el médico—. ¿Tiene usted algún problema?, ¿algo que le haya estado preocupando particularmente en estas semanas?

La señorita Fina trató de hacer memoria.

—Quizás la necesidad de retirarme del banco. A veces no puedo dormir.

—Por eso le sugerí que realizara actividades diferentes. Que la pudieran distraer.

—Oh, sí. Voy a un taller de literatura.

—¿Cuántas veces al mes?

—Cuatro.

El médico se quedó pensativo mirándola fijamente.

—Creo que es lo de la jubilación —exclamó ella como pensando en voz alta.

—Bien. No hay nada especial. Lo único que le puedo recomendar es que trate de hacer ejercicio. Tengo la impresión de que usted sigue teniendo una vida sedentaria. Unos diez minutos diarios de caminata, para empezar. Luego puede ir aumentando poco a poco.

—Entonces, ¿puedo seguir haciendo mi vida normalmente?

—Claro. Usted está bajo control.

Las palabras del médico la serenaron. El consultorio se había convertido en la sala de un tribunal y el médico parecía un magistrado. Alguien dictaminaba sentencia sobre ella. Por eso, cuando salía de ahí con buenas noticias, su estado de ánimo mejoraba. Su cuerpo se henchía de una energía resplandeciente que teñía de buen humor los días que seguían a continuación.

En el taller de literatura estuvo particularmente locuaz aquella semana. Kazuko se había dedicado con verdadero esmero a cuidar de su madre. Divorciada de su marido, la separación había acarreado vergüenza en su familia. Viviendo en la pobreza, su principal preocupación había sido la salud quebrantada de la madre quien, finalmente, a pesar de los esfuerzos de su hija, muere tuberculosa. No hay futuro para Kazuko. Es demasiado vieja, con sus veintinueve años para volver a casarse de acuerdo a la tradición de los matrimonios japoneses, arreglados previamente por las familias. No le queda más remedio que encomendarse, tal vez, a su tío Wada, a fin de trabajar como institutriz en alguna casa de nobles. Se enamora de Uehara, amigo de su hermano Naoji, hombre mayor, novelista, casado, quien lleva una vida disipada. El amor de Kazuko hacia él es epistolar. Un día lo busca para tener un hijo de él. No pretende que Uehara lo sepa anticipadamente.

—El amor de Kazuko hacia Uehara es brusco e impulsivo, pero se convierte en un buen pretexto para desarrollar un tono lírico como corolario final de la novela —señaló el profesor—, ese amor va avanzando de una manera trágica, como ustedes habrán podido leer, porque no tiene esperanza.

—La esperanza es el hijo que pretende Kazuko —dijo una de las asistentes.

—Ese es el sentido de su vida —añadió otra—, por lo menos encontró alguna finalidad.

—Es un final demasiado feliz para toda la novela —expresó una voz discordante—, toda la novela abona en presentarnos a una Kazuko que no tiene salida. De pronto aparece lo del hijo, no resulta convincente. La lógica parecía conducirnos hacia un futuro más desgraciado, por ejemplo, la historia pudo haber terminado cuando Kazuko comienza a trabajar, eso resultaría denigrante para ella, hubiera sido más real.

Las opiniones estaban divididas.

—Me parece rara esa manera de enamorarse de Uehara. ¿Cómo puede sentir amor por un hombre al que apenas ha visto?

—Lo que vale es que sea creíble —dijo el profesor—, pero veo que algunas no creen mucho en la historia. Dazai es un gran escritor. La atmósfera de la novela es bastante real. El ambiente que se describe a través de la vida de Uehara y Naoji es ilustrativo del Japón de la postguerra, también de las desilusiones de los jóvenes, de la reconstrucción de un país que ha quedado destruido. De la desazón, de la pérdida de esperanzas. Del cambio social. En fin. Tienen que pensar qué les entrega la novela globalmente. No cuán razonable les parece el amor de los personajes, juzgándolo a través de la cultura que ustedes viven.

El título le parecía a ella muy hermoso. El sol que declina. Naoji había caído en una pendiente de degradación y de desprecio hacia las formas de vida de su clan. El suicidio aparecía como un acto de hastío, de tedio, de incapacidad de resistir. La señorita Fina estaba sorprendida de la variedad de suicidios que había encontrado en las novelas de los autores japoneses. La notoria frecuencia del acto suicida lo hacía más humano. En cierta medida, aquello le resultaba

reconfortante. Kazuko tenía la ventaja de ser aún joven y de poder tener hijos y la desventaja de no poder elegir libremente una forma de trabajo. La señorita Fina especulaba, ¿qué hubiera pasado con un hijo y sin trabajo? En el fondo de sí misma se sentía más cercana a Naoji, derrotado por el agotamiento. No tenía esa vitalidad que finalmente había encontrado Kazuko. Tal vez irreal o falsa, pero que la dotaba de bríos para seguir hacia adelante. Ella, en cambio, se sentía como una rama seca que en algún desdichado momento sería arrastrada hacia un destino cualquiera. Y ahora que se acercaba su jubilación, sus pensamientos se hundían en oscuros presagios. La enfermedad le había tendido una trampa. La inmovilizaba y amenazaba. Como un fantasma siempre presente detrás de sus decisiones y motivaciones. Sin embargo, era tan silenciosa que parecía un engaño. Estaba Humberto, podría ayudarla si las necesidades del caso algún día lo requerían. Pero él no acostumbraba a hacerle regalos u ofrecimientos económicos, excepto aquellos en fechas alusivas como su cumpleaños, navidad o en ocasiones, año nuevo. Una actitud contraria de parte de Humberto le hubiera parecido indecorosa para él y embarazosa para ella. Y, aunque eventualmente había reflexionado cuán adecuadas eran estas consideraciones, no llegaba a conclusión alguna.

Por la noche se despidió de Humberto antes de las doce. Vio su pijama extendido sobre la cama, sus pantuflas, las sábanas revueltas. Como si hubiera sido un esposo que se levanta temprano y se va a trabajar, así había quedado el dormitorio al partir Humberto. Comprendió el ímpetu desesperado de Kazuko y la estéril sensatez de su propia vida. En ocasiones se debían hacer actos insensatos. ¿No era el mundo también, insensato? Ella era, quizás, demasiado razonable. Sus únicos actos de locura consistían en enviar cartas de

queja a las grandes corporaciones de luz, de agua, a la compañía de teléfonos, revisando con esmero cada una de sus cuentas dispuesta a pillar el menor procedimiento irregular. Tuvo el súbito deseo de acabar con tanta cordura.

Una tarde de jueves, cuando realizaba la caminata diaria que le había sugerido el médico, pasó por el local de una peluquería que quedaba en el barrio y a la que solía ir esporádicamente. Había oscurecido temprano y supuso que el establecimiento estaría cerrado, pero distinguió luz en el interior. Cuando ingresó, no vio a ninguna clienta. La dueña era una mujer a la que cualquier trabajo elegido le servía para su motivación principal, que era el conversar. Conocía de la vida de todas sus usuarias y, como la mayoría eran vecinas, estas a su vez se conocían entre sí y hablaban unas de otras. A pesar de esas muestras de intimidad que se permitía la mayoría de asistentes al servicio, la señorita Fina mantenía una reservada distancia. La mujer leía una revista sentada en el fondo del local. Al verla entrar la saludó cordialmente. La señorita Fina se sentó en uno de los taburetes que servían para lavarse la cabeza. Mientras el chorro de agua tibia le caía por el cabello, la peluquera se lamentaba de que algunas personas, al llegar a la vejez, se aislaran y perdieran la comunicación con el resto de personas.

—Porque en la vejez, los defectos se acentúan, señorita Fina. ¿Se acuerda de la señora Sepúlveda?, la viejita que venía todos los meses.

En ese momento, ella prestó atención.

—Sí, claro que sí —respondió.

—Pues oiga usted, se acaba de morir el día de ayer. En realidad, debe haber sido anteayer, porque hoy la encontraron muerta.

—¿Cómo fue? —demandó ella.

—Vivía sola y la señora que atiende el quiosco de periódicos, guardaba sus revistas todas las noches en el departamento de la señora Sepúlveda. La viejita se lo permitía porque una vez asaltaron el quiosco. Pero hoy por la mañana fue la mujer a recoger sus revistas y nadie le abrió la puerta. Como la anciana no tenía parientes, la señora se inquietó y avisó a la vecina. Llamaron a la dueña del edificio que alquila los departamentos y tuvieron que traer a un cerrajero.

—¿No tenía ningún pariente lejano?

—Realmente no. Dicen que a veces la visitaban amigas del magisterio porque ella era una antigua maestra. Pero desde hacía tiempo, no recibía visitas. Quizás eran tan ancianas como ella y también se murieron —comentó la mujer.

—Generalmente existe algún pariente —dijo ella.

—La dueña del edificio decía que no.

—¿Cómo se enteró usted?

—Por una clienta que vino esta mañana y es vecina de la difunta —afirmó la peluquera.

—¿Y?

—Abrieron la puerta y la encontraron muerta. Fue una impresión terrible. Ya se imagina. Tuvieron que llamar a la policía, que dijo que no se debía tocar el cadáver. Supongo que le habrán hecho autopsia.

—¿Quién se ha ocupado de ella?

—No sé, pero la van a enterrar mañana. La señorita Fina se quedó pensativa.

—¿Dónde?

—Creo que en el Cementerio Británico —respondió la mujer distraídamente.

—¿Y cómo?, ¿quién se va a encargar del entierro si no tenía parientes?

—Los viejitos siempre se preocupan por sus entierros, ¿no? Mi padre lo tenía preparado, incluso se había comprado su propio nicho.

—Pero ¿quién?, ¿quién se encargó? —insistió inquisidora-mente la señorita Fina.

—Estoy segura que para su entierro, la viejita debe haber dejado todo listo. Se lo digo por experiencia. Los ancianos viven obsesionados por la muerte, piensan en ella constantemente —afirmó con convicción la mujer.

—Me imagino.

—Además, decía, ¿qué voy a hacer con mis pobres huesos?, ¿dónde van a ir a parar? —repitió la mujer con voz de falsete.

—Es triste.

—Sí, porque no tenía a nadie, como le digo. Sabiendo eso, debe haberse anticipado. Y lo decía, ¿qué voy a hacer con mis pobres huesos? —repitió de nuevo.

—Tiene razón. ¿Desde cuándo la conocía usted? —demandó la señorita Fina.

—Desde que abrí la peluquería, déjeme ver, serán quince o dieciocho años, por lo menos.

—Se puede decir que usted la vio envejecer —sonrió la señorita Fina.

—Así es —comentó la mujer con voz resignada—, como a muchas clientas.

—También lo he visto. Cuando se envejece, una se vuelve más solitaria, eso debe haberle pasado a esa señora.

—Es que además tenía muy mal genio. Y estaba casi totalmente sorda. Debe haber tenido algún problema de memoria, porque un día se fue convencida de que nos había pagado dos veces por el servicio. No hubo quién le hiciera entrar en razón. Ya estaba mal. Tenía como setenta y cinco años

—¿Cómo hacía sus compras?, ¿se desenvolvía sola? —comentó ella.

—Era desconfiada, es que así son los ancianos. Mi padre creyó que nosotros habíamos matado al gato cuando el animal fue atropellado por un automóvil. Insistió que lo habíamos envenenado porque nos molestaba. Como no vio el cadáver estaba convencido de que lo habíamos matado y que no queríamos decírselo.

—Ah. Y dice usted que la vecina de la fallecida es su clienta, ¿no?

—Así es. Pero no era amiga de ella, ¿eh?, vecinas nomás. La señora tiene cuarenta años. Sólo la conocía de vista.

—¿Ella se ocupó del entierro? —volvió a indagar la señorita Fina.

—No, no lo creo. Quizás la dueña del edificio tenía el teléfono de algún conocido. Porque pariente, no, eso sí que no, la señora Sepúlveda siempre lo decía, estaba sola. Daba pena cuando lo decía. ¿Se imagina usted?, llegar a esa edad y no tener a nadie. Ni a un perro —se compadecía la mujer.

—Es raro. La gente siempre tiene a alguien —estimó la señorita Fina.

—¿Usted cree? Puede ser. ¿Sabe?, ahora que usted lo dice, acabo de acordarme que una vez llegó la señora, la que es mi clienta y vecina de la difunta, quejándose del mal olor del departamento de

la señora Sepúlveda. Habló directamente con la dueña porque no quería tener problemas con la señora Sepúlveda.

—¿Y qué pasó?

—Finalmente la dueña habló con la señora Sepúlveda. Ella estaba furiosa y dijo que abusaban porque era una anciana y estaba sola. Dicen que el departamento estaba lleno de cucarachas, así —la mujer calculó las dimensiones con la mano—, así de grandes, rojas, como nunca se ha visto, señorita Fina. Los platos sucios en la cocina con restos de comida de días, apestando, la basura regada por el piso, la anciana estaba muy abandonada. La dueña tuvo lástima y la convenció de que limpiara el departamento. Creo que hasta le recomendó una sirvienta.

—Quizás esa señora fue la que la enterró —reflexionó la señorita Fina en voz alta—, aunque no me convence.

—No, ¿qué?

—Quiero decir que me parece raro que una señora desconocida gaste en un entierro privado, eso.

—Mire, cosas así de raras se ven. Como le decía, mi padre tenía su nicho comprado, y siempre nos repetía, el día en que yo me muera ustedes no se preocupen, que todo ya está listo. Así ocurrió cuando se murió. ¿Ve? Eso creo que debe haber pasado con la señora Sepúlveda. Alguna amiga debe haberse encargado —indicó la mujer con seguridad.

—Sí, eso debe ser. ¿Dónde dijo que vivía?

—En un edificio, está a dos cuadras de mi casa, siempre paso por ahí. Es antiguo, pero está bien conservado.

—¿Cómo es el edificio?

—Está entre Colón y Gonzales, un edificio de color violeta con ventanas y puertas blancas de madera.

La señorita Fina asintió con la cabeza.

Cuando salió de la peluquería ya había oscurecido. Caminó hasta la calle Colón. Las pequeñas casas familiares del antiguo Miraflores se conservaban a duras penas en aquellas estrechas calles típicas de la clase media de la década del sesenta. Todavía se podían ver algunas de uno o dos pisos, con jardín o patio delantero, rejas de metal y puertas de medio arco. La mayoría habían sido sustituidas por grandes construcciones, modernas e insípidas, de varios pisos. No le costó trabajo encontrar el edificio. Era la única construcción de estilo con esos colores. Se acercó al intercomunicador y leyó los números. Uno de los botones decía *portería*. Lo presionó. Una vez, otra vez. Una voz distante le contestó.

—¿Sí?

—¿Portería?

—Habla el guardián —la voz era ronca y se escuchaba lejanamente.

—Disculpe la molestia, pero vengo a averiguar sobre un departamento que dicen que se alquila —exclamó alzando la voz.

—No, señora, no se alquila ninguno.

—Es que hablé con una amiga que me dio esta referencia. Ella había hablado con la dueña, la señora, creo que se apellida, ¿Martínez?

—No, la dueña es la señora Rojas.

—¿Rojas?, ah, ¿Isabel Rojas?

—No, Carmen Rojas.

—Ah, qué lástima, a lo mejor me han dado una información equivocada. ¿No podría hablar con la señora?

—No está aquí —respondió el hombre agriamente.

—¿No hay algún teléfono donde pueda llamarla?, insistió ella.

—No puedo darle esa información, disculpe —gruñó el portero.

—¿Podría averiguar usted?

—Señora, aquí no se alquila ningún departamento —afirmó el hombre con voz tajante.

—Bueno, gracias —respondió ella, suavemente.

SEXTO CAPÍTULO

Por la mañana, lo primero que hizo la señorita Fina fue comprar los periódicos y leer la página de obituarios. Tal y como lo esperaba, la muerte de la señora Sepúlveda no estaba anunciada. Se preparó una taza de café y se sentó cómodamente al lado del teléfono. Meditó unos segundos, y a continuación llamó al Cementerio Británico preguntando por el entierro de la señora Matilde Sepúlveda. Quería saber a qué hora era. El empleado que la atendió le informó que sería a las once.

—Mire usted, disculpe, pero la señora Sepúlveda era mi tía, hermana de mi madre. Acabo de llegar de viaje y quisiera saber si mi otra tía, la señora Carmen Rojas ya fue por ahí para cancelar el entierro —mintió.

—No sé, señorita.

—¿Podría fijarse, por favor?, es que en estos momentos no quiero hablar de estas cosas con mi tía Carmen porque está muy nerviosa, prefiero encargarme de todo si es necesario —agregó firmemente la señorita Fina.

—Espérese un momento.

La señorita Fina miró impaciente el reloj. Iba a llegar tarde al trabajo.

—Sí, señorita, los papeles están firmados por la señora Carmen Rojas.

—Gracias de todas maneras.

Revivió una mañana de sábado, años atrás, en la peluquería. Ahí vio a la señora Matilde Sepúlveda. Una clienta del banco. La anciana se había sorprendido al reconocerla. Al principio la señorita Fina no se imaginó por qué. La señora Sepúlveda la saludó fríamente, como queriendo no establecer ninguna conversación con ella. A las pocas semanas, cuando la anciana acudió al banco, como lo hacía regularmente, intuyó los motivos.

—Me llamó tanto la atención encontrarla en la misma peluquería a la que voy —le explicó la mujer—, a usted, nunca la había visto ahí. Es un lugar de chismes, como todas las peluquerías.

La señora Sepúlveda era recelosa. Tenía ahorrados más de un cuarto de millón de dólares, producto de la venta de una propiedad que había realizado hacía más de cinco años. Vivía de sus rentas que eran considerables. Vestía pobremente y nada hacía sospechar la calidad de su depósito bancario. En alguna oportunidad, la señorita Fina le preguntó si aseguraría su dinero. En caso de invalidez o muerte imprevista o accidental, recibiría cinco veces el monto de su depósito. La mujer se negó a pagar los dos dólares mensuales del seguro propuesto.

—¿Para qué? No es mi pretensión beneficiar a nadie si yo muero. Además, no quiero gastar ese dinero. No estoy en condiciones. Soy una anciana y no tengo quién vele por mí en el futuro.

La señorita Fina insistió indicando que la cantidad de treinta dólares anuales era reducida, teniendo en cuenta los beneficios posibles, de acuerdo a la magnitud del monto que la mujer poseía en su libreta de ahorros.

—No, no. ¿Cómo voy a gastar? Si conservo este dinero es porque he sabido ahorrar con mucho esfuerzo. No gasto casi en nada —refunfuñaba la anciana.

—De todas maneras, señora, si no tiene hijos, tarde o temprano sus parientes pueden ser beneficiados.

—No me interesa trabajar para otros —había respondido la mujer, cortante—. No tengo casa propia, ni nada. No tengo que dejar nada a nadie.

A la señora Sepúlveda, el dinero le producía una alta renta mensual que ella no retiraba en su totalidad. Continuaba ahorrando y fortaleciendo su depósito. Muerta la anciana, su libreta de ahorros, sin movimiento alguno, quedaría inactivada y al cabo de diez años, si nadie la reclamaba pasaría al Fondo de Seguro de Depósito del banco. Diez años era demasiado tiempo. Demasiado tiempo inútil para ese dinero.

¿Quién la heredaría? Lo probable sería que, si algún pariente se presentaba en casa de la dueña del departamento reclamando las pertenencias de la fallecida, podría encontrar la libreta o algunos estados de cuenta y luego ir al banco a informarse. Siendo la señora Sepúlveda, desconfiada y quisquillosa, se podría tener la impresión de que mantendría algún orden en sus papeles, pero no era así. Como había visto que hacían otras personas mayores, la mujer guardaba sus documentos en un sobre grande metido en una bolsa de plástico. Para buscar cualquier cosa, vaciaba íntegramente su cartera encima del escritorio de la señorita Fina. Aquello en otras circunstancias hubiera sido interpretado como una falta de respeto, una invasión del espacio de su pequeño escritorio, pero en la señora Sepúlveda, no dejaba de ser un rasgo más de su personalidad. Repitiendo la rutina que realizaba con su cartera de clientes, la señorita Fina también le

había ofrecido la posibilidad de invertir en valores y aumentar sus ingresos económicos. Para la mentalidad de la anciana, la propuesta era riesgosa para su seguridad económica.

—¿Con la edad que tengo?, ¿para qué?, no. No —repitió refunfuñando—. Sólo les dejaría dinero a los animales. La gente no me gusta —agregó recelosamente.

Cuando murió su marido, la señora Sepúlveda fue beneficiada con la herencia de una propiedad, quedando viuda a los treinta años.

—Fue mejor que se muriera. No sé si lo hubiera podido soportar ahora, con lo engreído que era —le había comentado una vez.

Muchos de los clientes de la señorita Fina eran personas mayores, aunque la agencia estaba ubicada en un lugar más comercial que residencial. En ocasiones la señorita Fina sospechaba que la anciana podría tener debilidad senil. Nunca había querido utilizar la tarjeta del cajero automático. Sólo retiraba dinero en ventanilla. Debido a lo engorroso que resultaban las entrevistas con ella, la señorita Fina había sugerido que algún familiar la acompañara al banco. La oportunidad para decírselo se presentó porque la anciana desapareció durante un corto período de tiempo, que no pasó desapercibido para la señorita Fina. Cuando la mujer regresó mascullando que había estado enferma, ella le sugirió que, en esos casos, podría enviar a alguien a retirar el dinero de sus intereses. Como esperaba, su propuesta fue desechada.

—No quiero que nadie lo haga. Se podrían enterar —contestó la anciana.

—¿Pero si usted está enferma?

La señora Sepúlveda vaciló unos segundos.

—No es necesario —afirmó con seguridad—, la gente es muy viva. Luego se aprovechan de uno.

Lo primero que hizo al llegar a la oficina de la agencia, fue revisar el cajón de su escritorio. Estaba segura de que tenía la libreta electoral de la señora Sepúlveda porque le había ayudado a hacer un trámite hacía unos días. Ella no recibía documentos personales de los clientes, y era comprometedora y problemático tener los de una difunta, peor aún, si no tenía ningún pariente. Por eso se había inquietado al tener noticias de su muerte. Podría perfectamente informar a legal para que bloquearan la cuenta, pero no convenía que la agencia perdiera tan fácilmente el depósito de la anciana. Mover un cuarto de millón le perjudicaba sus estadísticas. En cambio, si encontraba algún heredero, no descartaba la posibilidad de ganar un nuevo cliente. La mujer ya no regresaría jamás a recoger sus documentos.

Cogió la libreta electoral con cuidado y la examinó detenidamente. Al ver la foto de la mujer, tuvo un sobresalto. Ya no era nadie. Nada. Se había ido para siempre hacia el fondo de un hueco bajo tierra. Se dio media vuelta y se concentró en la pantalla del monitor. Buscó la lista de clientes. Las columnas de números comenzaron a tintinear. El depósito, como siempre, estaba inamovible, confirmado. La señorita Fina estimó que no podía permitir que ese dinero desapareciera tan fácilmente de sus estadísticas porque le alteraría el movimiento de la agencia. La otra alternativa era no informar, de tal manera que los intereses se acumularan. Periódicamente, el departamento legal encargado de examinar los obituarios de los periódicos enviaba un listado de personas fallecidas a su agencia. Era frecuente, sin embargo, que los decesos no fueran publicados en los diarios. Lo desusado era la ausencia de herederos. Durante el resto de la jornada estuvo fastidiada. Evaluaría los clientes que tenía en cartera. Si era afortunada, quizás lograría captar nuevos ingresos antes de que algún pariente reclamara el dinero de la anciana.

SÉPTIMO CAPÍTULO

En los días siguientes, continuó revisando minuciosamente los obituarios de los periódicos. No encontrando ninguna información sobre la señora Sepúlveda, consideró con resignación que debía bloquear la cuenta. Una mañana regresó el señor Aranguren acompañado de otro anciano, vecino suyo, según le explicó. El hombre era contemporáneo en edad, moreno y de cabello ensortijado.

—Qué me ha pasado, señorita —exclamó el señor Aranguren con voz quejumbrosa—, he perdido todos, todos los documentos. De tantas preocupaciones debe ser, de tantos malos pensamientos, no los encuentro, no sé dónde están.

—¿Cómo? —preguntó alarmada la señorita Fina—, ¿no hizo las fotocopias?

—Nada, señorita, nada.

—Parece que le han robado al señor —dijo el vecino—, por eso es que lo acompaño, porque el señor está mal. Ya no piensa, se olvida —explicaba el hombre, compungido.

—No puede ser, señor. Le dije que los papeles eran muy importantes —respondió desalentada la señorita Fina—, sin ellos poco puedo hacer. Le dije que hiciera inmediatamente las fotocopias.

—El señor me ha explicado que su hijo tenía más de cuarenta mil dólares —indicó el otro anciano—. ¿Cómo le han dado sólo tres mil dólares?

La señorita Fina movió la cabeza negativamente.

—La liquidación se hace con los documentos que están debidamente sustentados. Por eso es tan importante reunir todo lo que el señor tenga en su casa. Se lo advertí la semana pasada.

—Es que el señor no está bien, señorita —señaló el vecino.

—¿Qué voy a hacer ahora?, no tengo quién me ayude —se lamentaba el anciano.

—El señor dice que con las ventas de mercadería su hijo depositaba mensualmente diversas cantidades. Incluso, hasta de diez mil dólares.

—Pero también invirtió en la compra de maquinarias con un préstamo bancario —detalló la señorita Fina—. El día que le entregué la liquidación, le expliqué al señor que, entre los préstamos y el seguro, pues lo que le quedaba era eso, tres mil dólares.

—Mi hijo no mentía, señorita —respondió el señor Aranguren—, él juntaba su plata para nuestra seguridad, para tener un negocio propio.

—El señor incluso ha trabajado con su hijo, señorita. Desde las cuatro de la mañana se levantaban a cargar los bultos hasta el camión cuando repartían la mercadería —indicó el vecino—, además el señor Aranguren era bien responsable con su papá, se preocupaba bastante, era como los ojos del señor, no lo iba a dejar así, como está ahora.

—No tuvo tiempo de organizar sus papeles, quizás no le informó adecuadamente de sus deudas —explicó la señorita Fina con tono conciliador—. Lo siento, pero necesito documentos probatorios. Me resulta imposible elevar cualquier informe sin ellos.

—Usted me dijo que me iba a ayudar —reclamó el señor Aranguren.

—Si es que había forma de hacerlo, sí es que hubiera detectado algo, pero no es así —afirmó ella—, de acuerdo a la liquidación, todo está bien.

—Pero usted me dijo que con los papeles que le traje, algo podía hacer.

—Señor, esos papeles están perdidos, usted no los ha traído. Los únicos que existen ahora son los que están en nuestro poder.

El anciano la miraba incrédulo.

—Cómo es posible que esto pase, cómo en un banco. Lo que dice el señor es cierto. Su hijo no le iba a mentir. Vamos a venir con un abogado —dijo el vecino, impaciente.

—Está en todo su derecho. De todas maneras, si encuentra algo, tráigamelo —añadió la señorita Fina sin mucha seguridad.

El vecino ayudó al señor Aranguren a ponerse de pie.

—Señorita, si usted tiene padres, ayúdeme. No es justo, no es justo por mi hijo —suplicó el anciano.

La señorita Fina los siguió con la mirada hasta que salieron del banco hacia la calle. Vio al señor Aranguren, diminuto, encorvado, como si estuviera cargando un peso invisible. Durante el transcurso de la mañana, no pudo olvidar la escena del señor Aranguren gimo-teando. Por más que se devanaba los sesos intentando ver una salida, no la encontraba. Estaba segura de que algo había ocurrido ahí. Si el señor Aranguren no hubiera fallecido, el responsable hubiera devuelto los depósitos en las fechas correspondientes. Ahora estaba impune. Y sin pruebas, el anciano no podía reclamar. Quizás con un buen abogado, meditó la señorita Fina, porque el banco sólo se exponería a riesgos semejantes si el anciano tuviera una asesoría legal experta.

Como era de condición humilde e iletrado, no lo tomarían en serio, lo pelotearían de un lugar a otro hasta que perdiera las esperanzas y terminara retirándose.

Desde un tiempo atrás, había tomado un seguro privado de asistencia médica. El edificio de la corporación quedaba cerca del centro de Lima, distante para su circuito diario, así que ella aprovechaba el tiempo del refrigerio para hacer pagos o recoger reembolsos. Aquel día estaba apurada porque deseaba terminar temprano el trabajo en el banco, pero tenía un reembolso pendiente que debía recoger. Para no ir después del horario laboral, tomó un taxi a medio día y se presentó ante la compañía.

Al llegar, se acercó a la ventanilla de atención.

—Vengo a recoger un cheque, por favor. A nombre de Josefina Artadi —solicitó al empleado que atendía en caja.

Le extendió su carta de seguro. El hombre buscó en pantalla.

—Aquí está —le dijo el hombre entregándole un cheque.

—¿Cómo? ¡Seis dólares! —respondió ella estupefacta.

—Seis dólares con ochenta y cinco céntimos —contestó el empleado mecánicamente.

—¿Es una broma? Si la factura es por cuarenta dólares —exclamó disgustada.

—El cheque es por seis dólares con ochenta y cinco céntimos.

—De ninguna manera. Se han equivocado —insistió ella.

—Si quiere reclamar, firme aquí.

—Yo no firmo nada —afirmó rotundamente.

—Vaya a informaciones.

La señorita Fina sintió una oleada de indignación. Se dirigió hacia donde le había señalado el empleado.

—Señorita, me están pagando seis dólares cuando son cuarenta dólares —reclamó airada.

—¿Tiene documentos de identificación? —preguntó la recepcionista con voz rutinaria.

—¿Para qué? —exclamó hoscamente.

—Para que la atiendan en el cuarto piso.

—No, no tengo.

—Es mejor que usted misma suba para que le expliquen. Pero no la puedo dejar pasar sin documentos. ¿Por qué no regresa con su libreta electoral? —preguntó la mujer desganadamente.

—¿Y por qué voy a regresar?, ¿encima que ustedes me hacen venir por gusto por una equivocación suya, todavía tengo que perder más tiempo y regresar? De ninguna manera —se quejó agriamente alzando la voz.

—Está bien —la señorita marcó un número—. ¿Aurorita?, aquí hay una señora —sonrió burlonamente—, un caso parecido al de la vez pasada, ¿puedes atenderla?

La recepcionista le alcanzó el auricular.

—¿Aló? Señorita —dijo la señorita Fina—, tengo cuatro años en el seguro y conozco de memoria mi contrato. Las medicinas se reembolsan al ochenta por ciento y me corresponden cuarenta dólares del total. Me están devolviendo seis dólares —agregó.

La señorita que la atendía por teléfono hablaba con voz ronca y distante.

—¿Qué dice? ¿El deducible? ¿Y por qué me cobran el deducible?, si no tengo consulta médica. No, señorita. En mi contrato no dice que me cobrarán el deducible en cada factura de medicamentos —continuó la señorita Fina sintiéndose ultrajada—. Ah, ¿sí?, a ver, léame la cláusula de mi contrato e indíqueme literalmente dónde lo

dice. Mire, yo no cargo mi contrato por toda la ciudad. Se supone que ustedes lo tienen. No, no tengo documentos, y no voy a regresar otra vez por un error de ustedes. Y tampoco me voy de aquí sin que me reembolsen lo que me deben.

La señorita Fina recordó que tenía una tarjeta de un club de vídeo.

—Espérese —dijo al teléfono.

Sacó la tarjeta y se la entregó a la recepcionista.

—Mire señorita, este es el único documento que puedo entregarle.

—Está bien.

La recepcionista habló con el portero y la dejaron pasar.

—Aurorita, la señora va a subir. ¿Con la apoderada? Señora Artadi, suba al cuarto piso y busque a la señora Rociero, la apoderada —le dijo con voz cantarina.

La señorita Fina estaba encolerizada. Tres meses atrás le había ocurrido lo mismo y al final tuvieron que rectificar porque efectivamente, en su contrato no decía que le cobrarían el deducible por las facturaciones de los medicamentos.

La apoderada era una mujer joven. La recibió cortésmente.

—Señora Artadi. Cobramos deducible por todo expediente iniciado —detalló la mujer.

—Pero eso no dice en mi contrato. No existe ninguna cláusula que lo indique.

—Es así. Toda la vida ha sido así. Con todos los clientes es igual —contestó la mujer calmadamente.

—No me importa. Será que los clientes no conocen sus derechos, pero yo conozco muy bien los míos y me he leído de arriba abajo mi contrato. Además, señorita, provengo de una familia de

abogados litigantes, y no tengo ningún problema en quejarme —respondió la señorita Fina con convicción.

La mujer dio un suspiro.

—Voy a buscarle su contrato.

La mujer se levantó y salió de la oficina. La señorita Fina comenzó a sentirse acalorada.

La apoderada regresó con un folder en la mano.

—Veamos —dijo sentándose—, aquí se indica que se cobrará deducible.

—Por consulta médica.

—Por consulta médica, pero nosotros siempre cobramos deducible para todos los expedientes.

—¿Dónde dice que cobrarán deducible por cada expediente abierto? —protestó la señorita Fina.

—No lo dice, pero se entiende —afirmó la mujer con seguridad.

—Señorita, yo no tengo que entender lo que usted indica sino lo que yo leo. Hay una información que es la escrita. Y en lo escrito —la señorita Fina tuvo especial cuidado en hacer énfasis en la última frase—, en ninguna parte dice textualmente lo que usted acaba de señalar.

—Señora, no tenemos ningún problema con nuestros clientes respecto a este punto.

—Bueno, conmigo lo tendrán, porque no voy a permitir que me hagan firmar un contrato y luego me expliquen verbalmente otra cosa. A mí los juicios me salen gratis. Total, tengo a toda mi familia en estudios jurídicos. Y encima, ustedes tendrán que pagar honorarios profesionales e intereses.

—Mire, voy a hacer algo excepcional. Comprenda usted que no podemos dejar de cobrar el deducible, porque si no, cada persona, obviando la consulta médica, se automedica y tendríamos docenas de solicitudes innecesarias o mal recetadas. ¿Comprende?

La señorita Fina tuvo la impresión de que la mujer le hablaba como si ella fuese retrasada mental.

—Muy loable de su parte preocuparse por el público, pero eso a mí no me interesa. Quiero mis cuarenta dólares.

—No sea irónica —la mujer comenzaba a impacientarse.

—Disculpe usted, pero la gente está acostumbrada a callarse. ¿Por qué tengo que aceptar que me lleguen facturaciones irregulares?

—Señora, por esta vez le voy a facturar los cuarenta dólares. Pero voy a hacerle la explicación al detalle por escrito. ¿Está bien?

—Correcto, no tengo ningún problema.

La señorita Fina sintió una breve sensación de placer. Era como si hubiera ganado una batalla. No era por la cantidad de dinero, no. Era porque tenía capacidad de sortear al monstruo. Claro que eran sólo algunos cuantos dólares y por esas cantidades minúsculas no harían problemas. La señorita Fina razonó que el principio de toda corporación anónima no se sustentaba en lo justo o lo injusto. Sino que el principio era denegar todo reclamo, para comenzar. Luego venían las negociaciones.

OCTAVO CAPÍTULO

Consiguió un dato, a través de Campina, de un cliente que podría hacer un buen depósito en ahorros, eventualmente, hasta de medio millón de dólares. La noticia la tranquilizó. Si conseguían ese depósito, la agencia no se perjudicaría con la desactivación de la cuenta de la señora Sepúlveda. A mediodía, como algo excepcional, salió a almorzar con Campina y Manzanares. No lo hacía con frecuencia. Pero esta vez creyó que era conveniente estar un poco más cerca de ellos. Ambos estaban especialmente animados. Recibirían una capacitación sobre lavado de dinero, de acuerdo a las nuevas disposiciones de un reglamento de prevención recientemente aprobado, y que regía para todo el sistema bancario. La señorita Fina pidió el menú, una ensalada de verduras con pollo asado.

—Yo prefiero un arroz chaufa —exclamó Campina leyendo la lista de platos— y, de entrada, una sopa criolla.

Manzanares pidió también un menú.

—¿Usted no va a ir a la capacitación? —le preguntó a la señorita Fina.

—No —respondió ella.

En realidad, no la habían elegido. Sólo un cupo de trabajadores de cada agencia había sido seleccionado. Sospechaba que

la habían dejado de lado intencionalmente. Ella ya no estaba en carrera.

—Es muy difícil controlar el lavado —dijo Campina—, un lavador puede tener cincuenta o sesenta cuentas bancarias. Y el trámite para congelarlas dura tres o cuatro meses. Cuando entra la poli, encuentra cero soles.

—Lo increíble es que en el Perú se aplique cadena perpetua para funcionarios bancarios involucrados. Creo que es el único país en el mundo con una pena de ese calibre. Entre cuatro años y cadena perpetua. ¿Vamos a denunciar a nuestros clientes?, ¿y si nos equivocamos?, con la primera denuncia, se nos corre la mitad —gruñó Manzanares, llevándose un pedazo de pan a la boca—. Además, es más fácil detectar lo grande, lo que se hace en finanzas con las transacciones internacionales. Lo chiquito pasa como si nada.

—Es otro rubro —contestó Campina.

—¿Cuál rubro? —preguntó la señorita Fina.

—Los préstamos. Retiras cinco, diez o veinte mil dólares de una buena cuenta, se los das al inversionista que compra merca blanca y luego te devuelve hasta treinta en dos o tres semanas. Al final del mes, los saldos del cliente no se alteran —explicó Manzanares.

—Bueno, el que realiza la operación, por supuesto, no tiene ninguna relación con la merca —indicó Campina—, uno sólo es el financista.

—No estoy tan actualizada —señaló la señorita Fina.

Tenía el plato de pollo ante ella, y apenas había mordisqueado las verduras. Retiró la piel de la presa y observó con desagrado que no estaba muy cocida. Una gruesa veta de sangre coloreaba la carne. Su apetito había desaparecido.

—Es una tontería, no es tan fácil —agregó Campina—. Ya me llené —exclamó retirando su plato—, ¿pedimos la cuenta?

Cuando salieron del local, la señorita Fina estaba dubitativa, invadida de presentimientos. Le pareció que el almuerzo se había interrumpido súbitamente. Tuvo la sensación de que nadaba en una laguna de melaza, que estaba sumergida en una masa pegajosa, que apenas podía levantar los brazos o mover las piernas. Le molestó el que Manzanares y Campina caminaran al lado de ella, conversando, riéndose, indiferentes a sus propias cavilaciones. La trataban como a una ingenua. ¿Es que acaso se imaginaban que ella era más torpe que ellos? De repente, la señorita Fina detuvo el hilo de sus pensamientos. Sí, tal vez era cierto que ella era más torpe. Mucho más torpe.

Sus visitas a la peluquería solían ser los días de semana al anochecer, cuando casi no había clientes, no tenía que esperar turno y la atención era más cuidadosa. En una de esas tardes que acudió al servicio, encontró a un par de mujeres de su edad. La dueña cortaba el cabello húmedo a una de ellas. La otra esperaba turno para que la peinaran. En la peluquería había dos muchachas jóvenes, auxiliares, que se encargaban del lavado de la cabeza o del secado del cabello. La dueña saludó a la señorita Fina. Una de las auxiliares se aproximó hacia ella y la hizo sentarse en una silla. Las dos clientes la miraron a través del espejo. Una de ellas tenía el cabello rojo y muy escaso. La señorita Fina juzgó que sería difícil lograr disimular la calvicie por más que le peinaran el cabello. Cuando terminaron de lavarle la cabeza, la auxiliar la sentó al lado de la mujer calva.

—¿Le gusta? —le preguntó la dueña a la señora del cabello rojo.

La mujer se miró al espejo. Ladeó la cabeza a un lado y a otro.

—Está bien —dijo con voz apática.
—Debemos darnos prisa —demandó la otra mujer.
—Sí, Nuria y las chicas ya deben estar en la iglesia —contestó la del cabello rojo.
—Qué hombre —exclamó la mujer—. Estoy segura de que la amante va a ir al entierro.
—¿Cómo? —preguntó la de la calvicie—, no creo que vaya. Sería una descarada. Para Nuria sería terrible.
—Por eso es que quiero ir temprano —afirmó la otra.
—Tu hermano debió haber dejado arreglado ese asunto. No tenía por qué exponer a Nuria y a tus sobrinas a esta contrariedad. Si la mujer va, será un escándalo.
—La señora es vecina nuestra —exclamó la dueña de la peluquería, presentando a la señorita Fina ante las dos mujeres.
Las mujeres la miraron con curiosidad.
—Lo que ocurre es que viene muy de vez en cuando —explicó la dueña.
La señorita Fina asintió levemente.
—Ah. No la había visto antes —señaló la mujer del cabello rojo escudriñándola atentamente.
La otra mujer la miraba de reojo.
—¿Usted vive en una casa, en la esquina de Ocharán y Buenos Aires? —preguntó—, creo que la he visto.
—Sí —respondió la señorita Fina secamente.
—A veces veo llegar a su esposo. Deja aparcado el carro cerca a mi casa.
La sonrisa se congeló en el rostro de la señorita Fina. Conocía a la mayoría de las familias que vivían cerca de su casa, pero no recordaba a aquel par de mujeres. La cliente que le acababa de

hablar entrecerró los ojos mientras que la peluquera le tensaba el cabello.

—No tanto Rosita, no tanto —dijo la mujer.

—Va a ver usted que le queda bien —aseguró la dueña.

—Me deprime esta situación. No sólo por mi hermano, que en paz descanse. Él estaba enfermo, sufrió tanto tiempo, Dios. Creo que nosotros ya nos habíamos preparado. Le dijimos antes de que cayera en cama que arreglara sus cosas, pero así son los hombres. Esperan hasta el final y, ya ves, el lío que les dejan a los vivos.

—No te preocupes, sí la mujer se aparece, no dejaremos que haga problemas —replicó la mujer calva.

—¿Qué es lo que quiere esa mujer? —preguntó Rosita.

—No lo sabemos —contestó la mujer deprimida.

—¿Para qué va a ir? —inquirió Rosita.

—Querrá verlo por última vez —dijo la señora calva compasivamente.

—¿Cómo pudo? —se preguntó la mujer deprimida—. Lo que yo no quiero es que mis sobrinos se peleen con la mujer. Es una callejonera.

—No exageres —respondió la mujer del cabello rojo—, ellos son mayores. Entenderán.

—Es que su sola presencia sería una falta de respeto a la familia y especialmente a mi cuñada. Y si la ven mis sobrinos, son capaces de impedirle la entrada, y esa mujer se va a poner a gritar —señaló la mujer deprimida.

La señorita Fina comenzó a ponerse nerviosa. Sólo la mala suerte la había conducido hasta aquella peluquería. ¿Alguna de ellas la reconocería?, ¿conocerían a Humberto? Por un momento tuvo la sospecha de que aquella conversación era intencional. Como si ambas

mujeres supieran de la relación entre Humberto y ella y estuvieran haciendo una parodia. Trató de concentrarse en las ilustraciones de la revista que tenía entre sus manos.

—Es bastante joven, por lo menos veinte años menos que él —musitó la mujer deprimida—. Es que los viejos tienen la ventaja del dinero. Y esas mujeres descocadas buscan eso, precisamente. Ella trabajaba con él en la empresa. Desde muchachita. Nunca supimos qué le había visto a esa mujer. Una cholita. Si la vieras. Una indiecita.

—Juventud pues, hija, juventud.

—Eso sólo les pasa a los hombres. Yo soy viuda hace diez años y no se me ocurriría.

—No diga eso señora, una no sabe nunca cuándo el amor roca las puertas —dijo Rosita suavemente.

—¿Qué dices? No, a mí ya se me pasó la hora. En lo último que pienso es en eso. ¿Qué dirían mis hijos?, me matan —objetó la mujer pícaramente.

Hipócritas, pensó la señorita Fina.

—La mujer deprimida tenía los ojos clavados en la señorita Fina. Ella estaba incómoda. Era muy fácil deducir que Humberto no vivía en su casa. Nunca dejaba el automóvil aparcado toda la noche.

—Él vivía dos vidas. Mantenía a la amante, porque hace años que ella ya no trabajaba en la empresa. Lo sé porque un día, cuando él ya estaba enfermo, me obligó a ir con su contador a llevarle unos documentos. Yo, por supuesto, ni bajé del carro. Lo hice por pena. Él me daba pena. Después de todo, aunque quiero mucho a Nuria, mi cuñada, él era mi hermano.

—No sé si Nuria ha sufrido más por la enfermedad de tu hermano, o por esa mujer.

—¿Cómo se dio cuenta su cuñada? —preguntó Rosita.

—Como él trabajaba tanto, a todas horas, porque era muy emprendedor, Nuria pensaba que estaba siempre en la fábrica. La pobre es medio ingenua. Con cincuenta años de matrimonio, qué se iba a imaginar. Hasta que pasó lo del día de navidad. Él nunca, nunca dejaba de llegar a la hora. Y hace unos dos años, él llegó tardísimo y borracho. Eso le llamó la atención, pero nada más. Después él estaba callado, se molestaba por cualquier cosa. Ah, y lo que a Nuria le llamó la atención, es que se puso a hacer deporte. Todos los días. Un hombre tan viejo y haciendo deporte de esa manera, con tanta desesperación. No, ahí pasaba algo raro. Un día él le dijo que se llevaba muy mal con ella y que quería separarse. A Nuria eso le pareció rarísimo. Los dos tenían sesenta y ocho años. ¿Cómo se iban a separar?

—No hay derecho —exclamó Rosita moviendo la cabeza.

—Y fíjate que cuando eran jóvenes, cuando recién se casaron, él era un hombre celoso. No quería que ella saliera a trabajar. Después ella dejó la profesión y se la pasó cuidando a los chicos durante veinte años. Ahorrando año tras año hasta el último centavo para comprar la casa de Monterrico.

—Era una casa sólida —dijo la mujer calva—, me acuerdo cómo se demoraron en construirla. La vendieron, ¿no?

—Fue por la enfermedad, resultó costosa y no tenían dinero.

—¿Qué pasó con la mujer? —recapituló Rosita.

—Mi cuñada fue a verlo al trabajo. Pero fue por lo que ya comenzaba a sospechar, sería por intuición, me imagino. Porque generalmente no iba a las reuniones que hacían en la oficina, entre los empleados. Ya sabes, esas reuniones donde no van las esposas. Pero ella debe haber tenido un palpito, porque fue. Y la vio. De lejos la vio conversando con su marido. Esa mujer y mi hermano se

marcharon juntos después. Más tarde cuando él regresó a su casa, le dijo a Nuria que se había quedado trabajando. Entonces ella contrató a un detective.

—¿Un detective? —manifestó Rosita alarmada—, ¿hasta eso hizo?

La señorita Fina no había pasado una sola hoja de la revista desde que la mujer comenzó a hablar.

—Ya, Rosita, apúrate —dijo la calva—, termina de peinarme de una vez, que llegamos tarde.

—Usted está lista —exclamó Rosita dando unos toques al peinado de la mujer deprimida.

—El detective comprobó que eran amantes desde hacía siete años, justo en la época en que mi hermano vendió sus acciones de la empresa.

—¿Y? —preguntó Rosita.

—Les tomó fotos y todo. Así, Nuria pudo desenmascararlo.

—Debe haber sido terrible para tu cuñada —observó la mujer calva.

—Él le dijo que se quería separar. Nuria le advirtió que nunca le iba a dar el divorcio. Pero a las semanas él se enfermó. Fue el cáncer. Como una maldición. Todo quedó en nada. A los dos meses él ya no podía levantarse de la cama.

—No sé si fue mejor o peor —dijo Rosita seriamente—. Oh, disculpe, señora. Es que no pensaba en su hermano sino en su cuñada, porque, digo yo, para ella deben de haber sido dos golpes muy fuertes.

—Ni tanto. Creo que ella prefería que él estuviera con cáncer a que se fuera con esa mujer —reveló la mujer deprimida.

—Eso digo —exclamó la calva—. Yo pensaría lo mismo.

—De ahí, fue un castigo de Dios, porque no supimos qué pasó con la mujer. Él ya no pudo salir más de la casa.

—¿Y cómo se comunicaba con la mujer? —demandó Rosita.

—Cómo sería, mi hermano la llamaría por teléfono, quién sabe. Pero por sinvergüenza, se quedó con los crespos hechos, porque Nuria lo vigilaba continuamente.

Rosita terminó de peinar a la señora calva.

—Usted también ya está —le dijo a la mujer, y le pasó un cepillo de piel rociándola con talco en el cuello—, listo.

—Gracias Rosita —exclamó la mujer deprimida.

Las dos clientes se levantaron. La señorita Fina tuvo la sensación de que la espiaban misteriosamente. No se atrevió a levantar la cabeza para despedirse cuando se marcharon. Rosita regresó y comenzó a secarle el cabello.

—¿Qué le parece? —le preguntó a la señorita Fina.

—¿Qué cosa? —respondió ella.

—Lo del señor. Del hermano de la señora.

—No sé, no he escuchado —contestó débilmente.

Observó el rostro de Rosita a través del espejo. Tenía una media sonrisa que no le gustó. O era su imaginación, o sabía algo de ella y Humberto. Volvió los ojos de nuevo a la revista, concentrándose en su lectura hasta que Rosita terminó de peinarla.

Llegó a su casa descorazonada. Sentía una gran irritación contra Humberto, comprendiendo que no podría contar con él como cualquier esposa cuenta con su marido para un momento de emergencia. La situación no por habitual era menos desmoralizadora. En el banco, cada vez era más evidente que debía retirarse. Le molestaba profundamente que la marginaran de los cursos y promociones que otorgaban al personal considerado más rentable para el futuro. Por

la noche se dedicó a leer los periódicos. Encuentro continental de presidentes latinoamericanos. ¿Y a ella qué miércoles le importaba la cita cumbre de fulano y mengano?, ¿qué tenía que ver con su vida? En cambio leyó con curiosidad las noticias locales. Hombre ataca a conviviente con veinticinco puñaladas. Cortes en miembros superiores y cuero cabelludo, ninguna herida de necesidad mortal. Qué tal suerte, pensó. ¿Cómo habría quedado la mujer? Por lo menos parecía que el tipo no le había desfigurado el rostro. Adolescente se ahorca después de haber sido castigado por su padre. Eso era atroz. Los padres a veces eran unos auténticos salvajes. Deberían prohibir a algunos tener hijos. Joven obrero desempleado ingiere insecticida por despecho amoroso. Bueno, comprensible, a veces ocurre. ¿Quién le había dicho alguna vez que nadie moría de amor? Eso es falso, reconoció. La gente era bastante infeliz. Infeliz, se repitió.

En la siguiente sesión del taller literario una de las participantes mostró una serie de textos que había bajado de Internet sobre literatura japonesa.

—Mi hijo me ha orientado en el asunto —explicó—, estuviémos navegando, bueno, nos demoramos, pero fue entretenido.

Sobre la mesa de trabajo se desparramaron artículos sobre Akutagawa, Tanizaki, Soseki, Kawabata. Imágenes del encuadernamiento de dos libros de Yasushi Inoue. Fotografías de Kenzaburo Oe. Reseñas de Masako Togawa y de Hisako Matsubara. La señorita Fina estaba asombrada. ¿Cómo decir que su mundo ya estaba muerto?, ¿lo estaba? No podía acercarse a alguien y decírselo: mi mundo está muerto. Podría decirlo en el taller. Podría decir que antes, los cajeros eran muy importantes en el banco. Que cuando había un paro bancario, los cajeros eran indispensables para el éxito de la huelga

porque cuando ellos se plegaban, el banco detenía su movimiento. Eran poderosos. Ahora nadie lo era. Lo único que detenía el movimiento era el sistema operativo. Cuando las computadoras se colgaban, no había nada que hacer. Nada. Intentaba no perder la distancia frente a las computadoras, pero había sido tan sencillo y fácil olvidarse que antes no existían. Se dependía totalmente de las máquinas, de un sistema un poco loco que hacía que uno se preguntara cómo es que habían llegado hasta ahí. Nunca antes se había tenido tanta rapidez, precisión y fe en una pantalla que no debía mentir. ¿Cómo explicárselo a la gente?, que la pantalla también se equivocaba y que la verdad ni siquiera era decidida por ella. Lo único que hacía era repetir procedimientos. Pero ¿a quién le importaban los cajeros?, ¿o el sistema operativo del banco? Mi mundo ya está muerto. Tenía ganas de abrir la boca y explicarlo en el taller. Decir que ya no entendía qué era lo que estaba pasando. Que no tenía hijos, tampoco una computadora en casa. No tenía Internet. Tampoco correo electrónico. Que algo estaba pasando en la calle, en la gente, que le producía temor. Pero las señoras del taller se habían arrojado gozosas sobre los artículos, y decían, ah, ah, oh, alguien leía un título sobre Banana Yoshimoto. Cada una se comprometió en hacer una búsqueda en Internet para aumentar la bibliografía. Ella no tenía tiempo para ir a una biblioteca. No tenía quién le enseñara a usar Internet. Era más fácil aprender en su casa, pero comprarse una computadora no había estado nunca en sus planes. Tenía una enfermedad que no le permitía arriesgarse en deudas, nunca se sabía cuánto se podía gastar con una enfermedad y ella no podía bajar textos de Internet y llevarlos al taller y discutir con el resto. Los libros ya no eran suficientes. Mientras la gente discutía, sintió ganas de llorar. Debía hacer algo. No podía quedarse así. Tenía la impresión de que, si comenzaba a

llorar, no podría parar hasta el último día de su vida. El asunto aparentaba ser estúpido. Pero el mundo que ella había conocido se había terminado. Y ella necesitaba huir de sus lágrimas.

NOVENO CAPÍTULO

Antes de que se cumpliera una semana de su última visita, el señor Aranguren regresó acompañado de un abogado. El hombre no tenía ningún documento adicional, aparte de los que había perdido. Ella les explicó calmadamente la sustentación de la liquidación. El abogado le lanzó a la señorita Fina una mirada cómplice que parecía insinuar, rendición incondicional.

—Lo que necesitaba el señor era que usted le informara claramente la situación, para que comprendiera lo que ha pasado —decía el abogado—. El señor es una persona mayor, por eso hay que repetirle, señora. Sí, pues, yo la entiendo. He venido más bien para que el señor Aranguren tenga seguridad, para que esté tranquilo. Pero ya hemos entendido.

El señor Aranguren escuchaba melancólico.

—En lo que estuviera en nuestras manos, el banco, a quien represento, sería el primer interesado en responder a cualquier cuestionamiento, ¿comprende? —respondió la señorita Fina, dirigiéndose hacia el señor Aranguren.

Hubiera querido añadir, es inútil. Tanto usted como yo sabemos que el asunto está claro y oscuro al mismo tiempo. Que su hijo no mintió, que el dinero desapareció. Que el abogado que ha

traído no tiene el menor interés en asesorarlo. Pero yo sé lo que usted no sabe, ni sabrá nunca. Que a los viejos, en general, no se les hace caso. Usted, por lo tanto, no irradia credibilidad. ¿No se ha mirado en el espejo? Se le ve pobre, miserable, desvalido, ni siquiera tiene solvencia económica. Su abogado confirmará lo que yo, como administradora de esta agencia, puedo decir, en otras palabras, nada. En cambio, sé quién es el culpable de la sustracción de sus fondos, pero tampoco puedo intervenir porque represento a la autoridad, ¿no entiende? Como tal, debo evitar problemas porque usted no ha traído las pruebas. ¿Se imagina lo que implicaría buscarlas? Elaborar informes para auditoría, seguridad y la gerencia. Examinar los microfilms del archivo, semana por semana, mes por mes, buscar listados, confrontarlos comparativamente con el interrogatorio a los empleados, grabar y desgrabar testimonios, invertir en recursos humanos y apoyo logístico, movilizar esta maquinaria es muy costoso. ¿Qué diría control interno? Y usted, señor Aranguren, no podría financiar mínimamente la intervención legal con todo el dinero que aún le queda. Entonces, todo está perdido de antemano. Si usted no hubiera extraviado sus pruebas, yo lo habría ayudado. Ahora es tarde, no lo digo yo, sino lo dicen veinte años de experiencia en la institución. En casos como el suyo, le aseguro, el cliente nunca tiene la razón, por principio.

Les sugirió a ambos, antes de despedirlos, que se comunicaran, si deseaban, con el departamento legal.

A mediodía, se acercó a conversar con los empleados.

Manzanares y Campina la abordaron.

—¿Sigue reclamando el señor? —preguntó Manzanares.

—¿Pero, por qué insiste? —agregó Campina.

—No hay nada. El expediente ya está cerrado.

—Pobre viejo —dijo Manzanares—, de veras que se lo ha creído. El hombre está convencido de que le han robado.

—Está muy nervioso por la muerte de su hijo —explicó la señorita Fina—, más que el dinero, es la falta del hijo. Vivían juntos y bueno, perder a un hijo a esa edad, debe ser difícil.

—Sí, creo que es más lo del hijo —confirmó Campina—. Pero por qué el señor ha regresado?, ¿de dónde puede decir que la liquidación es incorrecta?

—Es que traje algunos documentos, alcancé a examinarlos. El problema es que luego se le perdieron.

—¿Qué documentos? —inquirió Manzanares.

—Papeletas, recibos, en realidad, nada útil. Lo que ocurre es que de todas maneras, para evitar problemas, sugerí que fotocopiará lo que tenía, y que revisaríamos la liquidación. Sobre todo pensando en que el cliente está primero, ¿no? Pero le advertí claramente que lo haríamos sólo por rutina, para que no se hiciera falsas expectativas.

—¿Cómo pudieron perderse? —demandó Campina.

La señorita no contestó.

El viejo está chiflado —continuó Manzanares—, dice que va a demandar al banco.

—No —señaló la señorita Fina—, eso no va a ocurrir.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Campina.

—Consulté con legal y con operaciones. Olvídense del caso. No pasa nada —continuó la señorita Fina.

—¿Pero y el abogado? —preguntó Campina—, ¿tiene algo que amerite levantar una investigación?

—No. Nada. El abogado no puede hacer nada —dijo ella—. No hay pruebas.

No había pruebas, pero la señorita Fina estaba cada vez más consternada. Se dedicó a trabajar en las fotocopias de los listados. Escudriñando con diligencia los movimientos antiguos de la cuenta Aranguren, observó que alcanzaban eventualmente más de medio millón de dólares. El doble de lo regular. Era imposible. Aranguren no había tenido una capacidad operativa de esa magnitud. Los listados, sin embargo, probaban la existencia de saldos acreedores injustificados. El cincuenta por ciento del dinero que había estado movilizandó la cuenta no estaba sustentado en operaciones comerciales. Y no era sólo el caso Aranguren. La señorita Fina empalideció. Sólo había una única explicación posible. Contempló la calle a través de su ventana. Una señora paseaba a su perro. El animal se detuvo delante de la ventana, levantó la pata y orinó. La señorita Fina, en otro momento, hubiera ordenado que limpiaran inmediatamente esos orines. Ahora los miró con apatía. Aranguren sólo parecía ser la insignificante muestra de un gran negocio entretejido sutilmente, en múltiples facetas, a través de boyantes empresarios y alocados inversionistas, ávidos de lavar dinero, borrando dudosas procedencias gracias a operaciones financieras que se repetían profusamente entre una y otra cuenta, uno y otro banco. Había llegado en sus pesquisas estrictamente hasta un punto, un límite. Su límite posible. No quería saber más. No le interesaba. No resultaba conveniente. No tenía ninguna intención de involucrarse en litigios judiciales. Ella no tenía culpa por dolo o intención, pero sí por omisión, y quizás no sería tan sencillo exonerarse de su responsabilidad penal. ¿Responsabilidad penal?, ¿acaso tenía responsabilidad penal? A pesar de su experiencia, había estado confirmando sus estadísticas periódicamente, con una candidez incomprensible hasta para ella. Peor que Osorio.

Ni siquiera tenía la justificación de la edad. Por lo menos, se dijo, por ahora el asunto está cubierto.

Tenía algunos pendientes que quería organizar antes del cierre de medio año. Levantó un informe a su jefe de operaciones en el cual, entre otras cosas, solicitaba el bloqueo de cuenta de la cliente Sepúlveda. Mientras redactaba el documento, reflexionó que era tan lamentable hacerlo como no hacerlo. Porque, aunque no informara, la cuenta inmóvil pasaría con el tiempo al fondo común hasta que algún pariente, hipotéticamente, lo reclamara. Nadie lo haría, y ese dinero desaparecería en las arcas de la corporación bancaria. Así había visto que ocurría docenas de veces. Cada vez que el banco se apoderaba de esos fondos sin destino, la señorita Fina los veía desaparecer con profunda exasperación. Tanto tiempo invertido en estimular el crecimiento de la cuenta, sugerir operaciones, promover inversiones, compras de valores, acciones, préstamos, cuidar los sobregiros, proteger los más altos intereses, para que, finalmente, todo el esfuerzo terminara en inversiones selectivas de aire acondicionado, sólidas butacas y viajes de profesionalización para los altos funcionarios del banco. Lo consideraba un atropello contra los clientes. Bueno, pensó, y también contra ella misma porque no participaba de los beneficios. Decidió no enviar el informe aún. Podía mantener su estadística si hacía algunos últimos intentos. Se contactó con el cliente sugerido por Campina, que tenía un fondo de depósito susceptible de ser captado por ahorros. Tuvo, de pronto, una suerte inesperada. Cuando el cliente le dio su aceptación no lo pudo creer. Sin embargo, lo paradójico fue que el resultado no la entusiasmó. ¿Qué le estaba pasando? Usualmente el monto que había logrado captar correspondía a un cliente estrella, y hubiera sido suficiente para autopremiar su esfuerzo y también la suerte que la acompañaba.

Ahora, notó, eso ya no le importaba. Tenía demasiadas preocupaciones. La señorita Fina decidió mover lo más rápidamente posible su próxima jubilación.

Asistía con regularidad a sus reuniones del taller literario. Al principio lo había hecho aplicadamente sin grandes motivaciones. Luego, fue sorprendiéndose de sí misma, porque se escuchaba emitiendo juicios que antes no hubiera podido formular ni siquiera interiormente. En las últimas oportunidades, notó que las discusiones no sólo la entretenían, sino que la relajaban. La siguiente novela elegida en el taller literario, fue *La mujer de arena* de Abe Kobo. Un maestro de escuela, entomólogo, se dedica a buscar insectos en sus vacaciones. Llega a una aldea donde es alojado en casa de una mujer que vive, como otros aldeanos, en una especie de hueco cavado en lo profundo de la arena. Queda prisionero, convertido en esclavo por los pobladores. Durante días y noches intenta escapar, pero resulta imposible. La arena se convierte en su principal fuente de interés. Aparentemente inofensiva, es una trampa mortal. El hombre termina conviviendo con la mujer, mientras lucha desesperadamente por huir. En dos días terminó de leer la novela. Le contó a Humberto el argumento, pero él no lograba entenderlo.

—Los aldeanos que atrapan al maestro tienen un lema que dice, *Ama a tu pueblo* —rio ella.

—¿Qué es lo que te parece gracioso?

—Es que me acordé del lema del banco, «Tu banco, una institución para todos».

—Ah —dijo él—, ya te podrás alegrar, este año te retiras —agregó incisivo.

A veces era irónico con los comentarios que ella hacía de los libros que leía. Ella pensaba que su actitud no era gratuita, notaba algo de mezquindad y recelo.

—¿Cómo va a vivir en un hueco de arena? No parece muy real, que digamos —consideró él.

—Tienes que leerla, no es lo mismo que yo te la explique. El hombre se transforma. Después de algún tiempo perdido en ese hueco, se convierte en otra persona, en una especie de insecto sometido al control de desconocidos. Eso ocurre siempre.

Hubiera querido añadir que no había enemigo pequeño ni despreciable. El hombre había juzgado con inocente benevolencia a los aldeanos. Finalmente, ellos no eran lo que aparentaban ser. Reconoció que, en condiciones adversas para sobrevivir, una persona debía adaptarse a lo que encontrara. Se requería una dosis de coraje, cierta tenacidad, como la del personaje, Niki Jumpei, que no cesaba de idear estrategias para su fuga. Era sofocante vivir de esa manera, en un espacio reducido, luchando todas las noches contra la arena, sin agua, durmiendo malamente. La vida de Niki Jumpei en el pozo de arena podía ocurrir en cualquier sitio. ¿Quién no quería escapar de una vida a la que había sido condenado?, ¿quién no había experimentado los mismos sentimientos de rabia, cólera, impotencia y fatiga? Sólo algunas personas alcanzaban a ver lo absurdo de ciertas situaciones, de la omnipresencia que, como las corporaciones y compañías, se convertían en enemigos tan inalcanzables e inertes como la arena, debilitando y derrotando por agotamiento a quienes se les enfrentaban. Ella no estaba dispuesta a que alguien la ayudara o la comprendiera. Tampoco se rendiría por la estúpida monotonía del trabajo o por las opiniones interesadas de Humberto. El descubrir

qué clase de persona era ella, había producido un efecto insospechado, como si despertara de una prolongada hibernación.

El personaje no imagina regresar a su vida anterior. Ha quedado convertido en otro hombre, está entusiasmado por haber descubierto una forma de obtener agua a través de los fenómenos naturales, aun a pesar de la arena, está fascinado con su invento, quiere compartirlo con otros, sabe que los aldeanos que lo hicieron prisionero lo escucharán. El viaje del maestro entomólogo cambió su vida sin proponérselo. La señorita Fina conjeturó que, así como ciertos vaivenes de la vida eran casi impredecibles, tenían cierta lógica si uno se anticipaba a tiempo, porque también podían transformarse en inesperadas oportunidades.

DÉCIMO CAPÍTULO

Al día siguiente, lo primero que hizo al llegar a la oficina de la agencia, fue revisar el cajón de su escritorio. Buscó la libreta electoral de la señora Sepúlveda. Levantó la cabeza para escrutar el ambiente. Los empleados trabajaban en sus operaciones regulares. Con un movimiento discreto, guardó la libreta en su cartera. Durante el resto de la jornada el nerviosismo no le dejaba pensar. Se preguntaba si se atrevería a hacerlo. No era imposible. Sólo tendría que colocar su propia foto en la libreta electoral, luego cambiar el año de nacimiento. Las posibilidades de que en algún momento se presentara una oportunidad tan extraordinaria como aquella, eran limitadas. La señorita Fina deducía que sólo un conjunto de circunstancias extremadamente favorables hacía posible que el dinero pudiera estar en sus manos. Dejarlo partir era un acto insensato. El banco era una corporación. ¿A quién beneficiaría? A los altos directivos, a los accionistas principales, a personas que no necesitaban de ese dinero para vivir mejor. Lo demás es ilegal. Esas palabras aparecieron en su mente súbitamente. Tuvo un estremecimiento. Claro que era ilegal. Eso ya lo sabía. La señorita Fina movió la cabeza negativamente. La ilegalidad no le preocupaba.

Inmediatamente se comunicó con el cliente estrella que iba a depositar medio millón de dólares en ahorros. Le sugirió abrir el depósito a comienzos del mes siguiente. Le explicó que así podría cuadrar mejor sus intereses mes por mes. El cliente estrella no tuvo reparos. La señorita Fina pensó que lo estaba haciendo bastante bien. A fines del siguiente mes, ahorros no sólo demostraría no haber perdido trescientos, sino ganaría doscientos más. Ahora podría retirar con tranquilidad el depósito de la señora Sepúlveda.

Al llegar a su casa, guardó la libreta electoral en un cajón de su cómoda, debajo de una pila de camisetas. Sentía una ligera exaltación, como si estuviera en la antesala de una fiesta o un viaje largamente esperado. Por la noche cenó con Humberto. Apenas hablaba porque estaba ensimismada en sus propios pensamientos.

—¿Por qué estás tan contenta? —preguntó él.

Ella se turbó.

—¿En qué lo notas?

—Te conozco. ¿Qué has hecho hoy? —demandó él.

—Lo de siempre. Fui a trabajar —respondió ella tranquilamente.

Humberto carraspeó.

—¿Y qué tal te va en el taller de literatura?, ¿sigue yendo la misma gente? —preguntó él.

—Hay una que ha dejado de ir a las dos últimas clases. Pero generalmente nadie falta.

Ella no levantaba la mirada del plato. Tenía la mente ocupada en otras cosas. Se levantó y fue colocando los restos de la cena en una bandeja. Los llevó a la cocina.

—¿Cuándo se va Melinda de viaje? —preguntó ella.

—El viernes —contestó él.

Mientras lavaba los platos, escuchó el ruido del televisor. Se imaginó que Humberto ya se había levantado de la mesa y estaría sentado en la sala. Era imposible que él la pudiera comprender. Sus juicios no tenían matices, eran blanco y negro. Él sólo veía el mundo organizado que aparecía ante sus ojos como si fuera el real. Se esforzaba en mantener su visión sobre las cosas aparentes. En cambio ella veía el otro mundo, el de Clemi, el de Gustavo, de Melinda, el que estaba detrás de las ventanillas bancarias, como Suguro, el de la doble vida. Humberto pertenecía al universo que había elegido. Pagando sus cuentas puntualmente, estableciendo un horario regular de visitas con ella a fin de no tener problemas, creando coartadas impecables para no despertar sospechas en Clemi, depositando mensualmente un apoyo económico para su hija, cancelando las cuotas universitarias de Gustavo, sin quejarse. Se atribulaba con facilidad ante los accidentes imprevistos.

Cuatro años atrás, apenas había terminado la secundaria, cuando Gustavo se estrelló una noche con el automóvil de la familia. Al regreso de una fiesta, y en estado de ebriedad, fue a dar contra el poste de una calle en La Molina. Los amigos que lo acompañaban lo llevaron a la clínica. En ese momento, Clemi y Melinda estaban de vacaciones en el norte, en casa de unos parientes. Humberto no se separó noche y día de la cabecera del herido hasta que regresaron Clemi y Melinda. Ella iba a la clínica y lo acompañaba a almorzar y comer. Sobre todo, en momentos en que no había parientes o amigos que pudieran verla junto a Humberto. Gustavo tenía una conmoción cerebral que resultó ser ligera, pero tuvo cortes y magulladuras en piernas y brazos. Las dos primeras noches ella se quedó hasta la madrugada en la clínica con Humberto porque ninguno de los dos podía dormir. Cuando Gustavo recuperó el conocimiento,

sintió alegría. Quizás fue la única oportunidad, en que ella experimentó verdadera compasión por Humberto.

Regresó a la sala y se comportó con amabilidad. Le preguntó sobre lo que había hecho durante el día. Clemi y Gustavo tenían peleas cada vez más frecuentes. El muchacho quería irse de la casa, se quejaba de la falta de libertad en que vivía. Aunque se había disciplinado en los estudios y le faltaba poco menos de un año para terminar, tenía el estigma de causar problemas. Desde pequeño fue enfermizo. Había sufrido de asma hasta la adolescencia. Lo habían operado de apendicitis, de amigdalitis, había sido enyesado varias veces por accidentes que en otros niños no pasaban de simples rasguños. Ella recordaba las veces en que Humberto salía apresurado de su casa para ir a ver a su hijo. Numerosas veces el niño había llegado semiasfixiado a la emergencia, víctima de una crisis respiratoria. De tener una relación muy estrecha con su madre, había pasado a la franca beligerancia. Los estudios de secundaria fueron particularmente tensos. Repitió dos veces de año y tuvieron que cambiarlo de colegio. Un tema recurrente en Humberto era la inestabilidad del carácter de su hijo, que él atribuía a la sobreprotección de su mujer. Estimaba que su madre lo había engreído demasiado y ahora ambos pagaban las consecuencias.

Ella soslayaba con mucho esfuerzo el tedio que le producía la conversación centrada exclusivamente en la familia de Humberto. Solía escucharlo en silencio, asentía, o de vez en cuando hacía algún comentario formal. Le prestaba atención más por complacerle que por interés. Sin embargo, a medida que pasaron los años, y cuanto más conocía de la historia de los hijos y la esposa de Humberto, llegó a opinar con templada naturalidad.

—Supongo que ya es hora de que se vaya de la casa —afirmó él.

—Quizás el problema es que Clemi no desea que lo haga.

—Eso creo. En el fondo, ella no hubiera querido que él creciera. En lugar de salir con Melinda de compras, salía con él. Era su confidente. Tampoco me parece que un muchacho a su edad sea confidente de la madre. Él quiere reunirse con sus amigos, sus amigos, sin tener que dar explicaciones.

Presentía que en el momento en que Gustavo se marchara definitivamente de la casa, Clemi cambiaría de actitud con Humberto. Se volvería más exigente. Había intentado conversar con él sobre ello, pero luego perdía toda iniciativa. El futuro de ambos era el presente. Escuchó las palabras de él como si provinieran de un lugar distante, mientras no dejaba de pensar en la desolada vejez de la señora Sepúlveda, acompañada de nidos de cucarachas grandes y rojas arrastrando sus vientres por las grietas sinuosas de su departamento.

Aquella misma noche cogió la libreta electoral de la señora Sepúlveda, calculó la dimensión de la fotografía y delimitó con un centímetro la extensión del sello que cubría un extremo de ella. Humedeció la foto con gran delicadeza. La retiró del documento. Hizo una operación semejante con su propia libreta electoral. Colocó su foto en el lugar de la foto de la anciana. El ángulo del sello coincidía casi exactamente. Sólo un examen extremadamente cuidadoso podría notar alguna diferencia. El año de nacimiento era más difícil de cambiar. Con un borrador intentó hacerlo suavemente, pero el papel era frágil. Sólo tenía que alterar un número. Fue punteando el número nuevo sobre el antiguo, hasta lograr un resultado bastante bueno. Era imposible determinar a simple vista cualquier alteración. Se imaginó una atención rápida en la ventanilla de una agencia bancaria, una hora pico, un viernes a fin de mes, con la agencia a punto de cerrar. Ningún experto va a examinar el documento, pensó.

Al día siguiente, sábado, se presentó con la libreta electoral fraguada ante la delegación policial de San Miguel a denunciar la pérdida de la tarjeta y la libreta de ahorros. Le indicaron un apartado que quedaba al fondo del local. El policía que la atendió era parsimonioso y lento, pero la trató con cortesía. Ella pensó que tenía sus ventajas el ser una mujer madura y de apariencia respetable. Esbozó una sonrisa amable. Al policía se le veía bastante aburrido, imaginó que no le gustaba estar sentado ahí, un día de fiesta; mientras los demás se divertían y tomaban. Seguro que estaba maldiciendo su trabajo. Quizás hubiera preferido estar en la calle donde había más movimiento, entre secuestros al paso, asaltos y robos a mano armada. El hombre revisó su libreta electoral, anotando los datos en el cuaderno de registro. Selló la denuncia. Al recibir de regreso la libreta, notó que su mano temblaba ligeramente. El policía no reparó en ello. Tenía un pan con jamonada y mantequilla sobre la mesa, lo cogió y comenzó a mordisquearlo. Al salir hacia el pasadizo, el corazón le dio un vuelco. Se encontró cara a cara con Campina. Él y otro hombre caminaban por el pasillo.

—Señorita Fina, qué sorpresa.

Le presentó a su amigo. Venían también a denunciar la pérdida de documentos y la billetera del amigo. La señorita Fina estaba atenta con el rabillo del ojo hacia el policía que la había atendido. El hombre seguía comiendo.

—¿Y usted? —preguntó amablemente Campina.

—Se me perdieron unos documentos, en realidad, creo que me los han robado —añadió rápidamente, bajando la voz.

Campina y su amigo estaban elegantemente vestidos, como si tuvieran que ir a un compromiso después.

—¿Dónde fue? —inquirió Campina.

—Por aquí, por el centro comercial —respondió incómoda.

Se despidieron. La señorita Fina se dirigió hacia la salida, pero apenas llegó a la puerta, se volvió. Campina y su amigo habían entrado al mismo lugar donde ella había hecho la denuncia. ¿Se daría cuenta? El policía escribía las diferentes denuncias en el mismo cuaderno, una debajo de la otra. ¿Se daría cuenta Campina que ella se había identificado como Matilde Sepúlveda?, dudó. No tenía por qué hacerlo. Mientras el policía le tomaba los datos al amigo, Campina estaría cerca, pero no tanto como para alcanzar a leer el cuaderno. Pensó que tenía muy mala suerte. Una coincidencia fortuita absolutamente imprevista.

En la calle caminó aprisa, deseosa de llegar cuanto antes a su casa. ¿Y si la detenían por falsificar documentos? Lo peor que le podía pasar era que la detuvieran con el documento de la muerta. No tendría cómo explicarlo. Inmediatamente podrían deducir sus móviles. ¿Pero no había pasado igual con Aranguren? Era un asunto interno, del banco. Claro que en el caso de la señora Sepúlveda, la intervención policial cambiaría sustancialmente el devenir de los hechos. Sería terriblemente vergonzoso. Podría alegar un momento de locura, de desesperación. Tendría que demostrar que tenía antecedentes de alguna enfermedad mental. Quizás lo más importante sería determinar la penalidad. Había leído en los periódicos que existía una fórmula, dos por uno, que podía aplicarse a reos que demostraran buena conducta, probidad y trabajo. En ese caso, se podía reducir la cantidad de tiempo en prisión. Lo más sombrío sería que la descubrieran, la condenaran, y que la enfermedad se manifestara con todas sus consecuencias. El médico le había comentado alguna vez que las crisis emocionales podían actuar como precipitantes de la dolencia. Perdería el trabajo. Probablemente, era lo más

seguro, Humberto se separaría de ella, las amigas la mirarían con desconfianza, estaría sola, y no tendría cómo vivir cuando saliera de la cárcel. ¿No sería mejor jubilarse antes? Así podría asegurar su manutención, por más precaria que fuera. ¿Cómo sería vivir al interior de una cárcel?, privada de su libertad, ¿lo soportaría? Consideró que podría resistir la cárcel. ¿Acaso no la resistían las reas? Buscaría alguna labor manual. La señorita Fina recordó que cuando era pequeña le gustaba pintar. Pero necesitaría dinero para comprar lienzos, óleos y otros instrumentos. ¿Habría alguna forma de conseguirlos en la cárcel? Podría decirle a Humberto que la ayudara sólo en eso. Ni siquiera tendría que ir él a visitarla. Bastaría que enviara a su secretaria con los objetos que ella mensualmente le solicitara. La señorita Fina meditó que a eso no se podía negar Humberto.

En el transcurso de los días siguientes, se dedicó a ensayar la firma de la señora Sepúlveda en sus momentos libres. Teniendo la libreta electoral de ella como propia, se presentaría en una agencia periférica con la denuncia policial y solicitaría un duplicado de la libreta de ahorros. Registrarían entonces la firma de la señora Sepúlveda, pero hecha por ella misma. No tenía perder. Luego podría comenzar a retirar el dinero de la cuenta. La letra de la anciana era puntiaguda, pero de trazos firmes. La firma de la libreta había sido manuscrita apenas diez años atrás, pero la mano parecía no temblarle demasiado a la anciana. La mujer había sido tacaña y soberbia. Posiblemente se había burlado de la cercanía de la muerte y no había pensado mucho en su futuro. Abstraída en sus pensamientos, no vio la figura de Campina acercarse hacia su oficina.

—¿Qué es una gran idea? —preguntó Campina.
La señorita Fina tuvo un sobresalto.

—Oh, disculpe, ¿la estoy interrumpiendo?

Sobre la mesa del escritorio, la señorita Fina tenía extendido un cuaderno sobre el cual ensayaba, ordenadamente, renglón por renglón, la firma de la señora Sepúlveda. Campina observó el cuaderno.

—¿Está haciendo planas? —preguntó jocoso.

La señorita Fina cerró bruscamente el cuaderno.

—Oh, es para mi sobrino —exclamó atropelladamente—. ¿Qué es lo que quieres?

—Hemos hecho algunas apuestas. ¿Cómo define usted una gran idea? —preguntó él.

La señorita Fina arqueó las cejas. ¿Qué le pasaba a Campina?, ¿se estaba burlando?, ¿la había estado vigilando?, ¿sospechaba algo?

—No sé, tal vez una gran idea es una propuesta elevada, con sentido humanitario, algo así. Deseos de hacer un bien.

—O tener ideas exitosas para resolver un problema.

—También. Una gran idea puede ser un gran propósito, como te digo, un propósito bueno en relación con personas o cosas. O puede ser encontrar una solución a un problema —determinó la señorita Fina,

Manzanares y los otros empleados los miraban.

—¿Qué apuesta es ésta? —preguntó ella curiosa.

—Nada, nada, ya le voy a explicar después —exclamó Campina, misterioso.

Lo vio marcharse hacia ventanilla donde lo esperaban los otros empleados. La señorita Fina colocó algunas carpetas sobre el cuaderno donde ensayaba la firma de la señora Sepúlveda, sin dejar de observar a la gente de la oficina. Los empleados generalmente hacían apuestas disparatadas con tal de jugar dinero. Apostaban sobre la

puntualidad del guardián encargado de cerrar la puerta de la agencia a las seis de la tarde, del número de veces que algún fulano iba al baño, del número máximo de clientes atendidos en una ventanilla durante el turno de la mañana. La señorita Fina razonó que había reaccionado con susceptibilidad. En todo caso, era un gravísimo error ensayar la firma en la oficina. Observó a Campina que estaba reunido con otros empleados en una esquina de la oficina. Manzanares comía una butifarra. Pensó que no era conveniente archivar el caso Aranguren. Tampoco dejar el expediente en su oficina. Lo guardaría en su domicilio.

Comenzaron a leer a Yukio Mishima en el círculo de estudios literarios. El autor, indicó el profesor, se había ido radicalizando con los años, haciéndose cada vez más militarista, hasta el grado de haber constituido un pequeño batallón de hombres entrenados, con el objetivo de comandar una fuerza de emergencia para salvaguardar la integridad física del Emperador, en caso de que se produjeran revueltas sociales.

—Ustedes saben que los libros que escribe un escritor son una cosa, y la vida que lleva, otra. La relación nunca es directa. Lo hemos discutido muchas veces. Pero a mí me gusta, sin embargo, intentar buscar algunos paralelismos, o revisar la biografía, porque también nos puede dar algunas claves sobre la afinidad por ciertos temas o historias. Lo tomamos únicamente como referencia.

Así como algunos tenían el sueño del carro propio o la casa propia, Mishima lo tenía con el pequeño ejército propio. Uno de los relatos propuestos había sido «Patriotismo», que había sido escrito justamente en los últimos años de su vida y, de alguna manera, ilustraba la preocupación del autor por el significado de los

valores tradicionales y marciales en la cultura japonesa. El profesor consideraba que era una buena muestra del trabajo de Mishima. El mismo escritor había dicho que el relato tenía lo mejor y lo peor de él. La historia era breve. En 1936, Takeyama, un joven teniente de treinta y un años, soldado del ejército japonés, se enteró de que sus camaradas del batallón al cual pertenece están comprometidos en una sublevación que proclama por objetivo restaurar el honor de la nación japonesa. Inmediatamente, los rebeldes son calificados por los altos mandos castrenses como amotinados y, por lo tanto, sujetos a la condena moral del emperador y al aplastamiento militar. El autor se detiene describiendo la vida del teniente Takeyama y su joven esposa, Reiko.

—Mishima hace especial énfasis en la edad de la pareja porque la muerte y la belleza suprema se asocian a la juventud. Vean ustedes. No basta con alcanzar un final glorioso y honorable para el teniente Takeyama. Si además se muere joven, pudiéramos deducir, que lo ético se integra a lo estético.

La señorita Fina no estaba predispuesta a participar en la discusión. Replegada en un rincón, se impacientaba mirando la hora constantemente. No podía estarse quieta. Tenía deseos de caminar. Apenas terminó la hora del taller, salió inmediatamente a respirar el aire de la noche. Marchó por la avenida Larco en dirección hacia el parque Salazar. La mayoría de establecimientos comerciales ya estaban cerrados. Pero las luces de neón de colores, de restaurantes y cafeterías que aparecían a su paso, iluminaban el ambiente creando una atmósfera artificial y fantasmagórica. Era un viernes, y la avenida estaba surcada de numerosos automóviles. La señorita Fina observaba a los conductores y veía que la mayoría eran jóvenes parejas. En las calles también había grupos de muchachos que caminaban

alegres hacia un destino festivo. Seguramente irían a una reunión o al cine. Intentó rememorar aquella edad, pero las imágenes no acudían a su mente. No recordaba hechos especialmente felices. Muchas tardes de viernes y de sábado se las había pasado al lado de sus padres. Veían televisión y salían al cine eventualmente. Ella se asomaba por la ventana y se pasaba muchos minutos contemplando el mar. ¿En qué pensaría?

Un grupo de muchachas caminaba justo enfrente de ella. Iban elegantes, despidiendo aromas de perfume. Se detuvieron al lado de un automóvil y una de ellas extrajo la llave y abrió las portezuelas del carro. Las muchachas reían y no dejaban de observar inquisidoras al interior de los automóviles que pasaban al lado de ellas. Uno de ellos se detuvo brevemente y tocó la bocina. Desde el interior del vehículo, las manos de un muchacho hicieron un gesto obsceno.

—¡Idiota! —gritó una de las chicas,

Pero su rostro no expresaba indignación. Sonreía pícaramente. Hablaron algo entre ellas y luego se metieron al carro. La señorita Fina contempló los largos cabellos que cubrían aquellos rostros, las figuras delgadas con pantalones ceñidos y blusas cortas a la cintura, y una imagen emergió desde las profundidades de su memoria. Había ido a comprar un regalo a una Casa de Novios, para una compañera de la oficina que pronto contraería matrimonio. Recordó bien que era una tarde de verano, quizás después de almuerzo. Al acercarse al mostrador, un par de muchachas cruzó al lado de ella, dirigiéndose hacia la salida de la tienda. Una de ellas vestía un traje de una tela muy ligera de color amarillo. Tenía el cabello negro y la piel bronceada, como si hubiera estado veraneando. Había algo en aquel rostro que entonces le llamó la atención. No era bonita, pero tenía algo. Frescura, decían. La juventud tiene frescura. La señorita Fina

se había quedado estática contemplando a aquella muchacha. Tuvo la intuición, en aquel momento, de que se trataba de una novia o una mujer recién casada que acudía a recoger el regalo del colectivo depositado en la tienda. Siguió la figura de la muchacha hasta que se perdió en una calle. Sólo una novia o una recién casada podía tener esa apariencia.

Muchos años después, ahora que la imagen había regresado a ella, comprendió que era juventud lo que tenía la chica de aquella tienda. La señorita Fina tuvo nostalgia, porque no había tenido esa juventud. Tuvo otra, pero no esa. La de las casas de novias. La de las muchachas de fin de semana en grupo, caminando por las calles y sonriendo a los muchachos. ¿Cuándo había dejado de ser joven? Claro que ella también había ido a fiestas, había salido con amigas, pero aquello había ocurrido cuando trabajaba en el banco. No era como esas muchachas. Se veía siempre mayor, vieja. El banco había marcado una forma de vivir. Quizás el ser hija única. Quizás el hecho de no tener primos contemporáneos. El que sus padres fueran de edad madura cuando ella nació. La señorita Fina siguió caminando sin poder dejar de ver el interior de las cafeterías que aparecían a su paso. Jóvenes. Jóvenes por todos los lugares. ¿Dónde se habían metido las personas de su edad? Alguien la empujó por un costado. La señorita Fina se volvió aturdida. ¿Qué ocurría? Sintió repentinamente una profunda soledumbre.

Aunque no estaba con ánimo especialmente motivado para la lectura, antes de acostarse aquella noche, se obligó a leer el relato «Patriotismo». No entendía nada. Leía los párrafos una y otra vez intentando comprenderlos. Takeyama, indignado ante la posibilidad de que tropas del mismo ejército se enfrenten unas con otras, ejecuta el *seppuku*, suicidio ritual de honor. Su mujer Reiko, siguiendo su

ejemplo, se apuñala. Ambos eran descritos como dos jóvenes que seguían la moral samurái. La palabra dignidad, razonaba la señorita Fina, aludía a una actitud de valentía y desprendimiento frente al dolor y al miedo, o por lo menos, eso era lo que el autor parecía dar a entender. Digna era la conducta de Reiko preparándose para hacerse *seppuku*, después de haber contemplado a su marido eventrado. Reiko duda si cerrar o no la puerta de la casa, pero luego decide dejarla abierta puesto que no sería agradable que pasaran varios días y los vecinos hallaran los cadáveres descompuestos. Antes del suicidio ritual, se viste con un kimono blanco, fajándolo de manera especial, de tal modo que su cuerpo no se desnude durante la agitación de la agonía. Poco antes de morir, el teniente Takeyama reflexiona sobre su próximo acto de suicidio.

El teniente estaba seguro de que no había ninguna impureza en esa alegría que habían sentido cuando decidieron morir. En ese momento los dos habían comprendido —aunque, por supuesto, no de una manera clara y consciente— que el placer que compartían en la intimidad estaba, una vez más, santificado por el imperativo Supremo y la autoridad de los dioses y era de una absoluta e irrefutable moralidad. Al mirarse el uno al otro a los ojos y descubrir allí la muerte apropiada, habían vuelto a sentirse seguros de unos impenetrables muros de acero, armados de Belleza y Rectitud.

La señorita Fina pensó que el suicidio de Takeyama y Reiko se describía como un acto de salvación, aunque, para su gusto, ese estiramiento rígido y formal de la época le resultaba excesivamente solemne. Seguía siendo, sin embargo, un acto extremo y sobrecogedor de honor. A veces una gran idea podía poner en riesgo la vida de unos, y parecer inútil y estúpida para otros. Cogió un cuaderno y anotó cuidadosamente sus impresiones, organizándolas con cierta

lógica. Así no se le olvidarían y podría hacer comentarios adecuados durante la discusión del taller. La señorita Fina meditó que una salvación, o cualquier salvación, no podía residir en aquella desmesurada inmolación entregada a unos dioses inasibles. La grandeza no estaba en eso, no precisamente, se dijo. Cuando leyó lo que había escrito, esbozó brevemente una sonrisa desganada. No tenía que decir exactamente lo que pensaba. Había llegado a la certeza de que el mal sólo aparecía cuando se renunciaba a buscar lo justo y ella prefería la eficacia de una salvación tangible y cercana, porque le gustaban las pequeñas emociones, aquellas que juzgaba, eran más difíciles de manejar para la mayoría de las personas. Dedujo que ni siquiera valía la pena discutirlo. Arrancó las hojas que había escrito, hizo un ovillo con ellas, y las arrojó al tacho de basura.

La mañana estaba soleada. Era un día luminoso y brillante, pero no hacía calor. Tampoco frío. La agencia bullía de ruido y movimiento. La señorita Fina hubiera deseado estar en la calle y tener la libertad de dirigir sus pasos adonde quisiera. Meses atrás, si hubiera tenido que elegir algún lugar, no hubiera sabido adónde ir. Ni con quién ir. Se levantó de su asiento y se dirigió hacia la ventana. Pero eso sólo le hubiera ocurrido meses atrás.

Lentamente, se dio media vuelta y contempló el interior de la agencia. A través de la mampara de vidrio vio a Manzanares apremiado y perseguido por una señora grande, robusta, de cabello plateado. El empleado intentaba tranquilizarla, pero la mujer había alzado la voz llamando la atención del resto de clientes que observaban el acontecimiento con interés. Manzanares hizo un gesto de displicencia y se retiró detrás del mostrador, dejando a la señora boquiabierta y rezongando. La señorita Fina salió rápidamente de la oficina.

—Parece que aquí todo está dirigido a confundirnos —decía ahora la mujer a una clienta más joven—, y ese mocoso malcriado que no sabe dónde está parado, dice que yo no entiendo, ¿qué se ha creído?

—Disculpe señora, yo la voy a atender —exclamó resueltamente la señorita Fina acercándose a ella.

—Ah, por lo menos aquí hay alguien educado, porque ese jovencito —la mujer señaló con el dedo a Manzanares— me explica de tal forma, oiga usted, que todo parece enredado. Dígame, sí o no, ¿han disminuido los intereses del depósito a plazo fijo, sí o no?

La señorita Fina dio un suspiro.

—A ver, contésteme, a ver si es cierto. Docenas de ojos se dirigieron a la señorita Fina. Era evidente que la señora no era la única que esperaba una respuesta.

Sí, señora, los intereses han disminuido dos por ciento. Pero eso ha ocurrido porque simultáneamente se ofrecen ventajas que antes no existían —agregó.

—Ah, entonces es cierto —exclamó la mujer con voz triunfante—, es cierto, y ese muchacho no era capaz de decirlo.

—Pero ¿cómo disminuyen los intereses sin avisar a los clientes? —preguntó la jovencita que estaba al lado de la mujer—, la señora tiene razón.

—¡Claro que la tengo!, porque a mí me hacen un contrato de intereses y ¡se respeta! ¡Eso debe respetarse!

—Por supuesto —confirmó la señorita Fina con determinación—, señora, ¿puede pasar a mi oficina?, yo le explicaré.

—No hay nada que explicar. A mí me pagan mis intereses acordados —continuó la mujer enfurecida.

—Claro señora. Le repito que lo que usted dice es correcto.

—¡Qué tal raza! —gruñó la jovencita—, yo escuché que el señor ese, le dijo a la señora que estaba equivocada.

La muchacha señaló otra vez a Manzanares que ordenaba un fajo de billetes detrás de la ventanilla sin levantar la cabeza.

La señorita Fina, acompañada por la mujer de cabello plateado, se dirigió a su oficina. Siempre hay formas de decir las cosas, pensó. Hablar es un arte. Antes de cerrar la puerta, se encontró con los ojos de Manzanares. Lo fulminó con la mirada.

La señorita Fina dio un suspiro y se dirigió a su oficina. Siempre hay formas de decir las cosas, pensó. Hablar es un arte. Antes de cerrar la puerta, se encontró con los ojos de Manzanares. Lo fulminó con la mirada.

La señorita Fina dio un suspiro y se dirigió a su oficina. Siempre hay formas de decir las cosas, pensó. Hablar es un arte. Antes de cerrar la puerta, se encontró con los ojos de Manzanares. Lo fulminó con la mirada.

UNDÉCIMO CAPÍTULO

La señorita Fina pidió permiso a la oficina un día de semana. Se ató el cabello en la nuca y se colocó unos antiguos lentes que ya no utilizaba. Después de hacer algunas averiguaciones había identificado una agencia periférica, cercana a la delegación policial donde había realizado la denuncia de la pérdida de la libreta de ahorros. Aunque era improbable que alguien la conociera en la agencia elegida, tuvo especial cuidado en observar los rostros de los empleados. Había una cantidad regular de gente. Cogió un ticket en la entrada y esperó que le llegara el turno de orden. Cuando le tocó el turno, se acercó tranquilamente hacia la ventanilla. Detalló al empleado su solicitud. El muchacho que la atendió conversaba con su vecina de al lado. Una cajera que sonreía, coqueta. El trámite fue rápido. Firmó los documentos y le extendieron el duplicado de su libreta de ahorros. Ahora su firma como Matilde Sepúlveda, ya estaba registrada en el microfilm. La había hecho idéntica a la libreta electoral y, además, y eso era lo relevante, era de su propio puño y letra. Satisfecha, se encaminó presurosa hacia la calle.

Poco a poco comenzó a realizar algunos movimientos con la cuenta Sepúlveda. El asunto era tedioso. Lo planificaba cada semana. Procuraba retirar montos inferiores a diez mil dólares por vez,

para evitar que pasaran a consulta y cuidarse de no acumular más de cincuenta mil de retiros en cuatro semanas, por si acaso se encontraba con algún empleado minucioso que se las quisiera dar de investigador. Por las mañanas se dedicaba a hacer un mapeo de las agencias, llamar a viejos conocidos, hacer un seguimiento de sus puestos y ubicaciones zonales, a fin de no tener encuentros arriesgados. El procedimiento hubiera implicado un trabajo de varios meses si no dispusiera de una buena información sobre las agencias, las modalidades de sus procedimientos operativos y las mayores o menores facilidades que podía encontrar en unas y no en otras para realizar sus transferencias sin motivar sospechas. Eso le permitía tener una sustantiva flexibilidad con los montos límite de las operaciones. Tenía siete semanas de tiempo para vaciar, por lo menos, una parte de la cuenta e ingresar correlativamente el depósito para ahorros que había captado de su cliente estrella. Calculaba que, si todo salía bien, en algunas semanas más habría terminado. Para las últimas operaciones había planeado un par de viajes a ciudades de provincias cercanas, a cuatro horas de la capital.

Las idas y venidas a las agencias periféricas y el tener que cumplir con sus obligaciones laborales, hicieron que se sintiera especialmente cansada por las tardes. En ocasiones no lograba conciliar el sueño durante las primeras horas de la noche. Como se levantaba algo extenuada por las mañanas, decidió tomar media tableta de un hipnótico que le había recetado el médico. Una noche, Humberto llegó más tarde de lo acostumbrado. Ella se había quedado dormida en el sofá de la sala. Cuando despertó, reparó que el timbrazo largo y luego el corto que hacía él para anunciarse era un poco considerado, tal vez arrogante. ¿Acaso ella esperaba a otra persona? Lo

recibió indiferente. Mientras él hablaba, ella bostezaba, los párpados se le cerraban.

—¿Te aburres? —preguntó él.

—Repites la misma historia —contestó ella—, me has contado tres veces el viaje de Melinda. ¿No te das cuenta?

Humberto parecía confundido.

—¿Tres?

—Sí, tres veces —repitió ella, impaciente.

Él se había quitado los zapatos como solía hacer y aquello le molestó. ¿Qué esperaba?, ¿relajarse? Ella estaba tensa. Comenzaba a sentir un dolor de cintura que atribuyó al hecho de haberse quedado dormida en una posición incómoda. Se mareaba con el *zapping* que él hacía con los canales de televisión.

—No se puede ver nada —dijo ella—, ¿no puedes estarte quieto?

—No quiero ver comerciales —respondió él, irritado.

—Oh, así no puedo estar tranquila. Tú necesitas tu propio televisor y yo, el mío —reclamó puntillosa.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó él.

—Realmente he tenido una jornada agotadora.

—Bueno, entonces me voy —anunció él.

Ella no dijo nada. Pensó que, si seguía así, él muy pronto terminaría aburriéndose. Para lo que me sirve, se dijo, mientras lo veía arrancar en el automóvil. Al cerrar la puerta de la casa, tuvo una sensación de profundo alivio. Al subir a su habitación, antes de acostarse, miró el estante que tenía al lado de la cama. Los álbumes de fotos ocupaban la primera fila. Acumulaban demasiado el polvo. Determinó que sería mucho más práctico guardarlos en cajas.

La estrategia que había diseñado consumía gran parte de su tiempo laboral y había dejado un poco de lado la supervisión de los empleados de la agencia. Por ello, no le extrañó la demanda de Campina sobre las citas pendientes que tenía con algunos de sus mejores clientes. Reorganizó su agenda y se la comunicó a su asistente. Despachó algunos trámites con el subadministrador, tratando de terminar los procedimientos antes de la hora de cierre. Era un viernes por la tarde, día en que los empleados solían retirarse puntualmente. Se despidió de todos y salió a caminar un rato como hacía de costumbre para llegar a su domicilio.

Vio un ciprés de mediana estatura al lado de la puerta de una casa. Pensó que una de las primeras cosas que haría próximamente, sería sacar la maleza amarillenta y seca del jardín de entrada de la suya, las ramas retorcidas y mustias de la buganvilia que ya no daba flores y removería la tierra. La abonaría y sembraría con ese césped grueso y corto que se veía tan tupido como una alfombra. Plantaría un par de cipreses, uno a cada lado de la puerta de entrada, los dejaría crecer robustos y frondosos, coloreando la casa de un vivo verdor, fuerte, sólido, refrescante. Antes de llegar a la esquina, la abordó Campina. Se disculpó por su insistencia, pero había que resolver algunas operaciones de crédito a las que ella no le había dado el visto bueno aún.

—Oh, lo haremos el lunes por la mañana —dijo ella, amablemente.

Caminaban por el centro de la avenida Jorge Chávez. Apenas había algunos transeúntes alejados en una de las esquinas con la avenida Pardo.

—Veo que usted ha estado muy ocupada, por eso no he querido molestarla —exclamó él.

—Está bien, nada se ha atrasado —indicó ella.

—He estado revisando nuestra cartera de clientes —continuó él—, me he enterado que la señora Sepúlveda ha fallecido, ¿no lo sabe usted?

—No, no lo sé —contestó ella, tranquilamente.

—Nuestro encuentro en la comisaría, ¿se acuerda? —añadió Campina bajando la voz—. Cincuenta, cincuenta, señorita Fina —añadió frunciendo las cejas.

—¿Cincuenta qué? —inquirió ella.

—Cincuenta por ciento —indicó él.

—Disculpa, no te entiendo —afirmó secamente la señorita Fina, sin mirarlo ni dejar de caminar.

—No se haga la inocente, sabe a qué me refiero —respondió Campina con un tono de voz cortante.

De pronto, la señorita Fina notó que caminaban lentamente.

—¿Tratas de decirme que quieres que te entregue la mitad del dinero de la cuenta? —preguntó ella, cuidadosamente.

Campina no respondió. La señorita Fina continuó su marcha al lado de él, en silencio.

—Campina, ¿estás estúpido? Te informo, por si no lo sabes, que tengo las boletas originales de Aranguren, para empezar —sonrió—, y para continuar, tengo pruebas contundentes de que la cuenta estuvo sistemáticamente inflada, sin justificación. ¿Qué te parece?

Campina estaba desencajado.

—Usted no se va a atrever —dijo amenazador.

—La cantidad de cuentas infladas que hay, Campina —contestó ella—, lo de Aranguren solamente es un detalle, ¿no crees?

—Tendría que probarlo —masculló él.

La señorita Fina sonrió levemente.

—¿Cómo se te ocurre que me voy a arriesgar sin pruebas? Además, ya sé que tú sólo eres el pequeño pájaro del negocio —agregó ella—. De los otros, los grandes, no tengo por qué ocuparme.

El hombre intentó balbucir algo.

—¿Comprendes? —añadió ella—, y al banco no le interesan los escándalos, así que tú eliges.

La señorita Fina siguió andando. Campina ya no la acompañaba. Tendría tiempo para pensarlo. El suficiente tiempo como para darse cuenta de que tenía mucho que perder. Mucho más que ella. Miró la larga avenida que continuaba hasta el mar. Notó que el olor marino era fresco, límpido, agudo, firme. Exhaló un lento suspiro y continuó su camino. Estaba segura de que Campina estaría sentado el lunes en su escritorio dispuesto, como siempre, a revisar las operaciones de crédito que ella aún tenía que aprobar.